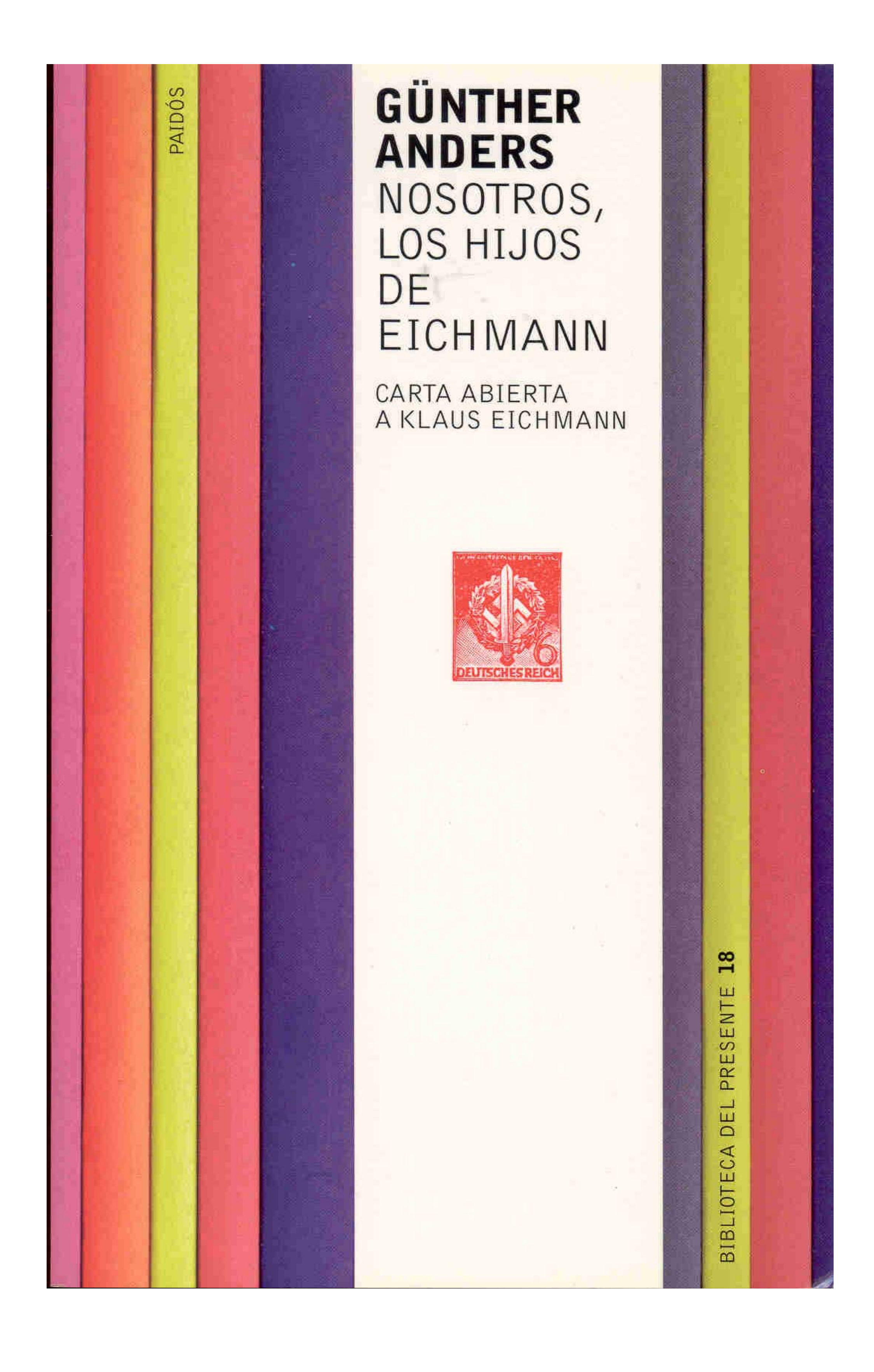

PAIDÓS
GÜNTHER
ANDERS
NOSOTROS,
LOS HIJOS
DE
EICHMANN
CARTA ABIERTA
A KLAUS EICHMANN
DEUTSCHES REICH
BIBLIOTECA DEL PRESENTE 18

NOSOTROS LOS HIJOS DE EICHMANN
GÜNTHER ANDERS

Carta abierta a Klaus Eichmann
Segunda edición, completada con una segunda carta

Contraportada

Adolf Eichmann fue el principal responsable del transporte de los judíos que vivían en el ámbito de dominio alemán a los campos de exterminio masivo. En esta carta abierta a su hijo Klaus, Günther Anders se enfrenta con la pasión que le es propia a este retazo ignominioso de nuestra historia y llega a la conclusión de que no es cosa del pasado, pues todos nosotros somos hijos del mundo de Eichmann: el de las máquinas de exterminio, cuyos monstruosos efectos sobrepasan nuestra capacidad de representación. Esto comporta el peligro de que, sin resistencia y sin conciencia, funcionemos cual engranajes de esas mismas máquinas, de que nuestra fuerza moral desfallezca frente a su poder y de que cada uno de nosotros se convierta en otro Eichmann. Para la reedición de la carta en cuestión, motivada por determinados acontecimientos de la actualidad, **Günther Anders** completó el texto original con una segunda carta a Klaus Eichmann en la que afirmaba: «Es cierto —lo cual fue bastante horrible— que durante años Stalin permitió que se produjeran innumerables víctimas. Sin embargo —y no tenemos derecho a ocultar esta diferencia—, a Stalin jamás se le ocurrió la idea de una liquidación industrial de masas humanas, o más exactamente, la idea de una producción sistemática de cadáveres, tal como Hitler y su padre hicieron realidad. Ni uno solo de los historiadores alemanes que, adoptando un punto de vista parcial, han participado en la "Disputa de los historiadores", ha osado imputar a Stalin algo similar...».

Günther Anders (1902) se doctoró con Edmund Husserl en 1923. Diez años más tarde emigró a París y en 1936 se trasladó a América. Vive en Viena desde 1950. Es "probablemente el más agudo y lúcido de los críticos del mundo tecnificado", en palabras de Jean Améry. Su obra maestra es *Die Antiquiertheit des Menschen.*

PAIDOS
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *Wir Eichmann Söhne* Publicado en alemán, en 1988, por Verlag C.H. Beck oHG, Munich
Traducción de Vicente Gómez Ibáñez
Cubierta de Mario Eskenazi

ISBN: 84-493-1149-7 Depósito legal: B. 38.024-2001

Impreso en Hurope, S.L. Lima, 3 - 08030 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain

TABLA DE CONTENIDO AUTOMÁTICA

SUMARIO

Carta abierta a Klaus Eichmann

Nunca es fácil encontrar el tono y la palabra apropiados para dirigirse a un hijo que ha perdido a su padre. Pero escribirle a usted, Klaus Eichmann, es algo que me resulta especialmente difícil. No porque sea usted hijo de su padre, es decir, un «Eichmann», y yo, por el contrario, uno de aquellos judíos que lograron escapar del aparato de su padre y que sólo siguen con vida porque casualmente no fueron asesinados. No es esto lo que se interpone entre usted y yo, el concepto «un Eichmann» no debe entenderse en este sentido. Nunca debe designar a quien desciende *de* un Eichmann, sino única y exclusivamente a quien siente, actúa y argumenta *como* un Eichmann. Ni usted ni nadie tiene por qué ser víctima del principio de «corresponsabilidad familiar», del que gente como su padre no tuvo el menor escrúpulo en servirse y en virtud del cual perecieron tantos miles de personas. La procedencia no es culpa alguna, nadie se forja su origen, tampoco usted.

No, si me resulta tan difícil escribirle, es por otras razones. En primer lugar, porque me horroriza su destino: que usted tenga que cargar toda la vida con ser hijo de su padre. Pero, además, porque para mí la pérdida que usted acaba de padecer es peor que la que el resto de los hijos han de soportar. ¿Qué quiero decir con esto?

Que usted ha perdido dos veces a su padre.

Y que a usted se le ha muerto algo más que su padre.

Me gustaría hablar alguna vez con usted de estas dos cosas.

La doble pérdida

¿Qué quiero decir cuando afirmo que usted ha perdido dos veces a su padre?

Me parece impensable que usted haya debido de sentirse huérfano sólo en el momento en que le llegó la noticia última y definitiva de que todo había acabado, la noticia de que las cenizas de lo que una vez fueron los despojos mortales de su padre habían sido vertidas al mar. El primer golpe tuvo que recibirlo antes. Hasta me parecería natural que la herida que le causó el primer golpe jamás se hubiera cerrado y que, por así decirlo, usted sólo hubiera sentido el segundo bajo los efectos de la anestesia.

¿Y a qué me refiero cuando hablo del momento del primer golpe?

Al momento en que usted comprendió *quién es,* al momento en que lo comprendió verdaderamente. Es cierto que usted ya sabía de algún modo que había venido al mundo como hijo de un miembro de las SS, e incluso que éste no había desempeñado una función cualquiera. Pero ¿cuál en concreto? Los hechos se situaban en la penumbra de una época que no pertenecía en absoluto a su vida consciente, y habían tenido lugar muy lejos, en un continente que para usted se había vuelto ya igual de inverosímil. A esto se sumaba el hecho de que el rastro de aquel hombre —así se lo habían contado— se había perdido, como el de muchos otros, en el caos de los tiempos de posguerra; y, finalmente, el hecho de que, desde hacía años, otro hombre cumplía a la perfección el papel de su padre, volviendo así totalmente vaga la imagen de éste.

Y después llegó el momento. El momento en que todo se vino abajo. Pues entonces no sólo supo qué había sido realmente de éste su primer padre, no sólo oyó hablar de las cámaras de gas y de los seis millones de personas —lo que ya habría bastado—. Además tuvo que entender que el nuevo padre, que había borrado el recuerdo del primero, no era sino el mismo primer padre —que, por tanto, el hombre hacia el que probablemente había sentido un amor filial, y que tal vez hasta había sido bueno con usted (sólo horrorizado escribo la palabra «bueno», contra esto parecieron querer protestar los seis millones de personas reducidas al silencio)—, que este hombre, digo, había sido el mismo Adolf Eichmann.

Imagino su desesperación en ese momento. O más correctamente: intento imaginármela. Lo he intentado a menudo. No sé si lo he logrado. Pero lo que sé con toda certeza es que no hay ninguna maldad por la que un hijo, cualquiera que éste sea, merezca verse en tal situación. Al contrario, la idea de que usted no haya merecido su destino resulta difícilmente soportable, incluso para los de fuera. Incluso para aquellos a los que usted, quizá por una falsa solidaridad con su origen, considera sus enemigos. Naturalmente, esto no significa que usted merezca su desdicha. Sino que una desdicha inmerecida, y desde luego una desdicha tan grande como la suya, parece tener un derecho muy especial a nuestro respeto. Probablemente esto se debe a que nosotros, que creemos

escuchar esta exigencia de respeto, sentimos la necesidad de restaurar explícitamente la dignidad humana herida y hasta aniquilada por los ultrajes. En cualquier caso, creo que el respeto que debemos a la calamidad de una víctima ha de ser tanto mayor cuanto mayor es la injusticia que ha tenido que padecer.

Y esto también vale para usted. Pues también usted pertenece a los ultrajados. Por esta razón, antes de seguir leyendo, debe saber que también su desgracia, al menos lo inmerecido de la misma, me inspira respeto; que siento hacia usted algo similar a lo que siento hacia la desgracia de los seis millones que ya no pueden recibir mi respeto.

Pero usted, Klaus Eichmann, todavía puede hacerlo. Y le ruego lo haga.

Así pues, he intentado imaginarme el momento en que usted lo supo. Pero naturalmente usted lo conoce mejor que yo. Tal vez sea falsa la pista que sigo. Quizá no se haya producido en absoluto el choque de ese primer segundo. Puede que en un primer momento usted fuera absolutamente incapaz de comprender la frase «Él fue Eichmann», o incluso de pronunciarla. Puede que no lograra hacer coincidir inmediatamente dos figuras tan distintas entre sí: por un lado el padre, por otro Eichmann. Es posible, pues, que ante esta terrible verdad no se comportara de forma distinta de como anteriormente lo había hecho con la verdad a medias: que durante un tiempo usted solamente *la* haya «sabido» —digo «sabido» en el sentido más débil e irreal—; que siguiera siendo incapaz de asimilar lo sabido y extraer sus consecuencias; y ni siquiera excluyo la posibilidad de que, todavía hoy, esta incapacidad perdure. Si una tarde llegara a escuchar en el jardín delantero esos pasos que tan bien conoce, ¿no correría aún hoy al encuentro de su padre con la precipitación con que lo hacía cuando éste regresaba del trabajo, aquellas tardes de los viejos buenos tiempos, cuando usted todavía desconocía por completo el «Es él»? Esto no me parecería extraño, seguramente a muchos de nosotros nos sucedería más o menos lo mismo. Pues, efectivamente, ¿dónde y de quién podría usted, o nosotros, haber aprendido a reaccionar rápida y adecuadamente ante noticia tan monstruosa?

El momento en el que se produjo realmente la ecuación «Es él» me es, pues, desconocido. Pero cuando esto se produjo (o, si es que todavía no ha tenido lugar, cuando lo haga) —también ese día se le murió a usted su padre, y no sólo el día en que supo de su muerte—. Por eso antes afirmé que usted lo ha perdido dos veces.

La pérdida mayor

Y también afirmé que a usted «se le ha muerto algo más que su padre». Por favor, no diga que no entiende de «pérdidas suplementarias». Es posible que así sea, pero esto no probaría nada. Pues hay pérdidas que sólo son importantes precisamente porque *no* se notan. Un ciego que todavía no se ha percatado de que es ciego y que, en virtud de este defecto suplementario, se atreve a dar pasos que propiamente no debería permitirse, está en una situación peor que el ciego que sabe de qué carece.

Y a usted podría haberle sucedido algo parecido.

¿De qué pérdidas suplementarias estoy hablando?

De la pérdida de su *dolor.* De su *duelo.* Y de su *piedad.*

Pues ¿hubo realmente dolor, duelo y piedad después de que se le comunicara la última noticia? ¿Se manifestaron realmente?

Naturalmente, no dudo de que usted conoce estas emociones. ¿Cómo podría dudarlo? Mi pregunta se refiere exclusivamente a su situación presente, al tiempo que siguió al final de su padre; se trata únicamente de saber si *esta vez* pudo usted sentir dolor, si *esta vez* pudo llorar por la pérdida de su padre, si *esta vez* logró tener, por así decirlo, recuerdos.

Esperar tales sentimientos habría sido completamente natural. De ahí que podría imaginarme que usted colgara sobre su cama la fotografía enlutada de su padre, y así poder estar seguro de que le bastaría con levantar los ojos para encontrar su familiar mirada. O que volviera a recorrer, solo, el camino de la parada de autobús que solía recorrer con él, para así sentirlo a su lado. O el camino que lleva al jardín. O algo parecido.

Pero ¿ha servido esto de algo? ¿Se han cumplido sus expectativas? ¿Ha logrado usted captar su vieja mirada? ¿Ha podido escuchar su voz? ¿O ha sucedido otra cosa? ¿Tal vez que, en ocasiones, en lugar de dar con su *padre* ha dado usted con Eichmann, con el *asesino* Eichmann? ¿O que no ha encontrado su mirada, sino los ojos sin mirada de una víctima de las cámaras de gas? ¿O que no ha escuchado su voz, sino otras voces? Por ejemplo, la estremecedora ecuación: *«Es* él». ¿O los gritos ahogados de aquellos detrás de quienes acababa de cerrarse la puerta de hierro de la sala de exterminio? ¿O, la mayoría de las veces, absolutamente nada?

Como he dicho, he intentado repetidamente ponerme en su lugar. Y me he preguntado qué me habría pasado si hubiera tenido la desgracia de estar en su piel. La conclusión a la que irremediablemente he llegado tras estas preguntas ha sido siempre la misma: no. No había logrado experimentar ni pena, ni dolor, ni piedad. Habría sido inútil colgar la foto en la pared. Vano, asimismo, volver a recorrer los caminos. Nunca di con la mirada del padre. Jamás pude escuchar

su voz. Y no puedo creer, Klaus Eichmann, que a usted tuviera que irle mejor que a mí. Las diferencias entre nosotros, los seres humanos, no son tan grandes.

¿Por qué este fracaso?

Sin respeto no hay duelo

Por la simple razón, Klaus Eichmann, de que el dolor, el duelo y la piedad, como todo lo vivo, precisan ciertas condiciones para poder surgir; y porque la principal de estas condiciones se llama *«respeto».* En una palabra: *porque sólo podemos llorar por la pérdida de aquellos a los que hemos podido respetar.*

Quizá mueva usted la cabeza en señal de desaprobación. «Cuando uno llora», podría replicar, «simplemente llora, esto es algo completamente natural, y no sé a qué vienen palabras tan grandilocuentes.» Correcto. Correcto, si habla usted de un niño que prorrumpe en llanto porque le duelen los dientes. Pero este niño *llora,* nada más. No puede decirse que *lamenta algo,* ni menos que *llora por la pérdida de algo.*

Pero quizás esta respuesta no le resulte suficiente. «Como si no se llorara también a quienes no lo merecen», podría usted seguir replicando, «a personas a las que, mientras estuvieron entre nosotros, nadie respetó.»

También es cierto. Sólo que en tales casos las lágrimas no se derraman realmente por quien no lo merece. ¿Lloran los afligidos porque éste, el ser indigno, no está ya entre ellos? *¿Lo* lloran a él? ¿No derraman sus lágrimas por otra cosa? ¿Por cosas que ellos respetan? ¿Por la *muerte misma,* por ejemplo, ante la que muestran su respeto incluso en la más miserable de sus víctimas? ¿O por la pérdida definitiva de la posibilidad de lo humano, que este difunto se lleva consigo?

¿O incluso por ellos mismos? ¿O porque tienen el sentimiento de enterrar, junto con el muerto, el duelo mismo?

No, Klaus Eichmann, tampoco con esta segunda objeción llegaría usted muy lejos. El hermanamiento de duelo y respeto permanecerá. Y para nosotros, que no tenemos la desgracia de ser *usted,* que así sea, es bueno y consolador. Pues esta unidad nos demuestra que no estamos escindidos: por un lado la criatura natural, la que llora; por otro el ser moral, el que respeta. Nos demuestra que somos una sola cosa.

Para usted, evidentemente, esta unidad no es en absoluto algo consolador. Al contrario: esa unidad sella su desgracia Pues si usted ha perdido la oportunidad de llorar la pérdida de su padre, es precisamente porque sin respeto no hay duelo, y porque su padre le ha arrebatado la posibilidad de respetarlo.

Sólo quien respeta puede ser respetado

¿Cómo lo ha hecho?

La respuesta no es difícil. Hay una regla sencilla, una regla de reciprocidad, que dice así: *«Sólo podemos respetar a quien respeta a los demás».* Y ni usted mismo se atreverá a afirmar que su padre ha hecho algo semejante. Excepto, tal vez, en el seno de su familia o en su círculo de amistades. Lo que ignoro. Pero ¿qué importancia podría tener esto? ¿Qué importancia podría tener frente al «respeto» que hizo imperar en su cargo? Pues lo que aquí entendía por tal —la obediencia dócil a las órdenes dadas, el respeto concienzudo, y en esa medida falto de conciencia, a las instrucciones dictadas por el aparato, la aplicación con la que establecía sin errores los horarios, el exceso de celo con el que «despachaba» a todo aquel que todavía estaba pendiente de ser «despachado», como si fuera una mancha irritante— todo esto significaba (independientemente de lo que por otra parte pudiera significar, y para ello me faltan verdaderamente las palabras, pero no sólo a mí, sino al lenguaje mismo) la destrucción explícita del respeto: en efecto, su padre se ha acreditado únicamente por el *no respeto* explícito al ser humano y por el *desprecio* explícito de la vida humana

Y por esta razón, Klaus Eichmann, ahora tampoco usted logra sentir respeto hacia él; por esta razón le es definitivamente imposible respetarlo.

Y, a su vez, por esta razón a usted le es definitivamente imposible llorar su pérdida

Lo sé: este «definitivamente» suena despiadado. Pero, a veces, hay situaciones en las que la falta de piedad representa una consideración mayor que la piedad. Hay operaciones en las que los propios enfermos han de tener el valor de manifestar su acuerdo con la operación. Y usted se halla en una situación de este tipo. Por favor, tenga usted el valor que aquí se requiere.

Recordará mis palabras sobre la «corresponsabilidad familiar», con las que abría esta carta. Su sentido era que, para mí, la falta de humanidad de su padre no podía ser motivo alguno para negarle a usted la dignidad humana; que, antes bien, yo debía hacer abstracción de su origen. Por más difícil y poco natural que esto sea para mí.

Para usted, Klaus Eichmann, es válido algo similar. A saber: que no puede invocar su pertenencia a una familia. Que el hecho de que usted descienda de su padre no le da ningún derecho a solidarizarse con él. Que, por el contrario, usted está en la obligación de desligarse de su origen. Que, solidarizándose con nosotros, ha de renegar de él. Por más difícil que le resulte esta ruptura con la «familia».[1] Por más antinatural que pueda parecerle. Por más abiertamente que esto contradiga el mandamiento de honrar al padre y a la madre.

Renuncie, pues, a seguir intentando llorar la pérdida de su padre. Quite el cuadro de la pared. Deje de volver a recorrer los caminos de antaño. Y no diga que de este modo estoy intentando arrebatarle lo último que le queda Al contrario: de dar este paso, usted podría salir beneficiado. Incluso es posible que mediante esta renuncia pueda recuperar la capacidad de llorar la muerte de alguien. No, ciertamente, la de su padre. Pero sí la de la muerte de su *capacidad de duelo.* El hecho de que a usted le sea imposible llorar la pérdida de su padre. Y el hecho —pues su caso no es un caso aislado— de que usted, como todos nosotros, esté hoy condenado a vivir en un mundo en el que a cualquiera puede sucederle no *tener derecho* a llorar la pérdida de su padre. No mueva la cabeza en señal de desaprobación. Este segundo duelo no es ni falso ni inventado. Hoy es, más bien, el sentimiento absolutamente espontáneo de todos aquellos que no se hacen ninguna ilusión sobre el mundo en el que les toca vivir. Si también usted pudiera encontrar el camino que conduce a este segundo duelo, ya no estaría solo. Sería, antes bien, uno de nosotros.

Lo monstruoso

El trasfondo de esta carta es lo «monstruoso». ¿A qué llamo «monstruoso»?

1) A que haya habido una aniquilación institucional e industrial de seres humanos; de millones de seres humanos.
2) A que haya habido dirigentes y ejecutores de estos actos: Eichmann serviles (hombres que aceptaron estos trabajos como cualesquiera otros y que se excusaron apelando a las órdenes recibidas y a la lealtad);
   Eichmann viles (hombres que aspiraron a estos cargos);
   Eichmann obstinados (hombres que aceptaron el riesgo de perder totalmente su humanidad con tal de gozar de un poder total);
   Eichmann ambiciosos (hombres que realizaron lo monstruoso precisamente *porque* lo monstruoso les era insoportable; es decir, porque no hubieran podido demostrar su inquebrantabilidad de otra forma);
   Eichmann cobardes (hombres contentos de poder cometer por una vez lo infame con buena conciencia; esto es, no sólo como algo no prohibido, sino incluso como algo prescrito).
3) A que millones de personas fueran llevadas a, y mantenidas en, una situación de la que nada sabían. De la que nada sabían porque no querían saber nada; de la que no querían saber nada porque no tenían derecho a saber. Así pues, millones de Eichmann pasivos.

Sin esta evocación de lo monstruoso que fue ayer realidad nos es imposible avanzar un solo paso. Aunque con ella, ciertamente, sólo avanzaremos algunos. La oscuridad en la que nos adentramos a través de la rememoración sólo servirá de algo si *somos* capaces de sacar provecho de ella y la transformamos en otra cosa. Debemos transformarla

1) en la conciencia de que lo que ayer fue realidad, en la medida en que sus fundamentos no han cambiado esencialmente, también hoy puede ocurrir, todavía u otra vez; en la conciencia de que, por tanto, probablemente la época de lo monstruoso no ha sido un simple interregno; y
2) en la decisión de combatir sus posibles repeticiones.

Estas transformaciones no aminorarán nuestra oscuridad. Tanto menos cuanto que las repeticiones de lo monstruoso no son sólo posibles (enseguida veremos por qué), sino probables; y porque la probabilidad de que ganemos la batalla contra su repetición es menor que la de perderla. Pero nuestra derrota sólo quedará sellada si decidimos no escrutar los fundamentos de lo ocurrido, si no descubrimos con claridad *lo que* propiamente hemos de combatir. Precisamente por estas razones mis amigos y yo hemos de ir a las raíces de las cosas.

Pero en lo que a usted se refiere, hay además un elemento decisivo. Efectivamente, en su caso se trata de algo totalmente personal: de hacer soportable su propia existencia. Usted no podrá salir de su propia piel. La idea de ser, entre millones de personas, precisamente aquel que está condenado a cargar toda su vida con el peso de ser el heredero de la época monstruosa,

esta idea ha de penetrar en usted como un veneno; y es probable que, desde el momento en el que supo quién es, usted no haya comenzado un solo día sin pronunciar estas dos palabras cargadas de maldición: «precisamente yo». Si aún no ha abandonado definitivamente su esperanza de liberarse de este veneno, si todavía sigue buscando la salvación, solamente le queda el camino de ir a las «raíces»: es decir, comprender claramente cómo ha podido forjarse su destino; constatar que en él no ha intervenido el azar. Naturalmente, con esto no quiero persuadirle de que usted haya merecido esta maldición: después de las palabras con las que he iniciado esta carta, no preciso repetirle cuán lejos está de mí esa intención. Lo que quiero decir es, antes bien, que seres tan abominables o tan miserables como su padre o como usted mismo no han surgido por casualidad en nuestro mundo actual, sino que los Eichmann son muy significativos del estado actual de nuestro mundo, e incluso inevitables. Efectivamente, dispersos por distintos países, existen individuos condenados a llevar una vida tan desdichada como la suya. Por ejemplo, Claude Eatherly, el piloto de Hiroshima. Lo que puede decirse de estos compañeros de desgracia a los que usted no conoce —a saber, que no son sólo individuos, sino casos representativos; que no son simplemente pájaros de mal agüero de monstruosa envergadura, sino símbolos de algo monstruoso— también puede decirse de usted. Con lo que también cabe decir que, debatiéndose consigo mismo, usted no sólo se enfurece con la *monstruosidad de su propio destino,* sino que al mismo tiempo (aunque no lo sepa) lo hace también, siempre, *con la fatalidad de la monstruosidad,* es decir, con algo que, estando en la raíz del estado en el que hoy se halla nuestro mundo, se ha convertido en el destino de todos nosotros.

Antes de que empiece a dilucidar lo «monstruoso», vayan por delante dos observaciones preliminares.

La primera es una advertencia. Temo, en efecto, que usted dé la bienvenida a mis argumentos, entendiéndolos como una forma de disculpar a su padre, o acaso como una manera de salvar su honor, y que deje escapar un «¡Bravo!». No podría imaginarse malentendido peor. Ciertamente, el mundo que muestro está lleno de tentaciones de infamia y riesgos de monstruosidad anteriormente inexistentes, al menos en esta medida. Pero así como reconocer el instinto sexual no significa salvar el honor de quien ha cometido un crimen sexual, tampoco reconocer la situación actual de nuestro mundo significa absolver a quienes han sucumbido a las tentaciones, ni a quienes han aprovechado intensamente las oportunidades de infamia que nuestro mundo presenta Un «¡bravo!» sólo puede dejarlo escapar aquel cuyo espíritu jamás haya hecho el esfuerzo de pasar revista a las figuras de ayer.

La segunda observación preliminar concierne a la determinación de las raíces que voy a poner de manifiesto. Algunos historiadores quizá consideren que hay otras más importantes. Pero si su escrutinio está impulsado por la preocupación por el futuro, por la preocupación de que la historia pueda continuar, entonces hay que buscar aquellas raíces que no han muerto tras el derrumbe del sistema del terror de Hitler y de su padre, raíces que, siendo más profundas que cualquier otra raíz histórica específica, podrían no haber desaparecido con tal derrumbe. En otras palabras: hay que escrutar aquellas raíces cuya

existencia y persistencia hacen posible, e incluso probable, la repetición de lo monstruoso. Y éste es el caso de las dos raíces de las que aquí vamos a ocuparnos.

El mundo oscurecido

¿Cuáles son estas raíces más profundas que las políticas? ¿Qué ha hecho posible lo «monstruoso»?

La primera respuesta a esta pregunta parece trivial. Pues es la siguiente: ha sido posible porque nosotros, independientemente de en qué país industrializado vivamos, e independientemente de la etiqueta política que éste ostente, nos hemos convertido en criaturas de un mundo tecnificado.

Entiéndame bien. En sí misma, nuestra capacidad de producir en muy grandes cantidades, de construir máquinas y ponerlas a nuestro servicio, de construir instalaciones, de organizar administraciones y coordinar organizaciones, etc, no es algo monstruoso, sino grandioso. ¿Cómo y por qué motivo puede conducir a lo «monstruoso»?

Respuesta: porque el triunfo de la técnica ha hecho que nuestro mundo, aunque inventado y edificado por nosotros mismos, haya alcanzado tal enormidad que ha dejado de ser realmente *«nuestro»* en un sentido psicológicamente verificable. Ha hecho que nuestro mundo sea ya *«demasiado»* para nosotros. ¿Qué significa esto?

En primer lugar, que lo que en adelante podemos *hacer* (y lo que, por tanto, hacemos realmente) es más grande que aquello de lo que podemos *crearnos una representación;* que entre nuestra capacidad *de fabricación* y nuestra facultad de *representación* se ha abierto un abismo, y que cada día éste se hace mayor; que nuestra capacidad de fabricación —dado que el aumento de los logros técnicos es incontenible— es *ilimitada,* mientras que nuestra facultad de representación es, por naturaleza, *limitada.* Expresado de forma más sencilla: que los objetos que hoy estamos acostumbrados a producir con la ayuda de nuestra técnica imposible de contener, así como los efectos que somos capaces de provocar, son tan enormes y tan potentes que ya no podemos concebirlos, y menos aún identificarlos como nuestros. Y, naturalmente, no es sólo la desmesurada magnitud de nuestros logros lo que excede nuestra facultad de representación, sino también la ilimitada *mediación* de nuestros procesos de trabajo. Tan pronto como se nos da un empleo para que ejecutemos una de las innumerables actividades aisladas de las que se compone el proceso de producción perdemos no sólo el interés por el mecanismo en tanto que totalidad y por sus efectos últimos, sino que, además, se nos arrebata la capacidad de crearnos una representación de todo ello. Una vez sobrepasado cierto grado máximo de mediación —y esto es la norma en la forma actual del trabajo industrial, comercial y administrativo—, renunciamos, o mejor dicho, ya no sabemos siquiera que renunciamos a lo que sería nuestra tarea: contar con una representación de lo que hacemos.

Y lo que es válido para la representación, vale en la misma medida para nuestra *percepción:* en el momento en que los efectos de nuestro trabajo o de nuestra acción sobrepasan cierta magnitud o cierto grado de mediación,

comienzan a tornarse oscuros para nosotros. Cuanto más complejo se hace el aparato en el que estamos inmersos, cuanto mayores son sus efectos, tanto menos tenemos una visión de los mismos y tanto más se complica nuestra posibilidad de comprender los procesos de los que formamos parte o de entender realmente lo que está en juego en ellos. En una palabra: pese a ser obra de los seres humanos y pese a funcionar gracias a todos nosotros, nuestro mundo, al sustraerse tanto a nuestra representación como a nuestra percepción, se torna cada día más *oscuro.*[2] Tan oscuro que ni siquiera somos capaces de reconocer su oscurecimiento; tan oscuro que podríamos calificar legítimamente nuestra época de *dark age.* Hemos de abandonar definitivamente la esperanza ingenuamente optimista del siglo xix de que las «luces» de los seres humanos se desarrollarían a la par que la técnica. Quien aún hoy se complace en tal esperanza no es sólo un supersticioso, no es sólo una reliquia de antaño, sino que es víctima de los actuales grupos de poder: de esos *hombres oscuros de la época técnica* cuyo máximo interés es *mantenernos en la oscuridad en relación con la realidad del oscurecimiento de nuestro mundo* o, mejor dicho, producir incesantemente esta oscuridad. Pues ésta es la ingeniosa mistificación de la que hoy son víctimas quienes carecen de poder. La diferencia entre los métodos de mistificación que conocemos y la actual mistificación es evidente: si ayer la táctica consistía en *excluir* de toda ilustración posible a quienes carecían de poder, hoy consiste en *hacer creer* que tienen luces quienes no ven que no ven. En cualquier caso, hoy no puede decirse que técnica e ilustración avancen al mismo ritmo, sino que son «inversamente proporcionales», esto es: cuanto más trepidante es el ritmo del progreso, cuanto mayores son los efectos de nuestra producción y más compleja la estructura de nuestros aparatos, tanto más rápidamente pierden nuestra representación y nuestra percepción la fuerza de avanzar al mismo ritmo, cuanto más rápidamente se eclipsan nuestras «luces», más ciegos nos volvemos.

Y, en verdad, se trata de *nosotros.* Pues lo que desfallece no es esto o aquello, no es sólo nuestra representación y nuestra percepción: lo que desfallece es nuestra existencia hasta en sus mismos fundamentos, es decir, en todos sus aspectos. ¿Qué significa esto?

Las reglas infernales

La insuficiencia de nuestro sentir.

No malinterprete esta respuesta, por favor. No me quejo de que nosotros, los seres humanos, nos hayamos convertido en seres malvados e insensibles. Una queja así no sólo sería demasiado sentimental, sino también totalmente problemática, pues la afirmación de que nuestra capacidad de sentir se atrofia y es menor que en los viejos y buenos tiempos es una aseveración indemostrable. Lo que afirmo, más bien, es que las *tareas de nuestro sentir han aumentado,* que hoy son incomparablemente mayores que antaño; y que de este modo el abismo existente entre estas tareas y nuestra capacidad de sentir (que supuestamente se mantiene constante) se ha hecho mayor. En una palabra: que nosotros, en tanto que seres que sentimos, ya no estamos a la altura de nuestras propias acciones, pues éstas eclipsan todo lo que hemos podido hacer en el pasado.

Regla: si aquello a lo que propiamente habría que reaccionar se torna desmesurado, también nuestra capacidad de sentir desfallece. Ya afecte esta «desmesura» a proyectos, logros productivos o acciones realizadas, el «demasiado grande» nos deja fríos, o mejor dicho, ni siquiera fríos (pues la frialdad sería también una forma de sentir), sino completamente indiferentes: nos convertimos en «analfabetos emocionales» que, enfrentados a «textos demasiado grandes», son ya incapaces de reconocer que lo que tienen ante sí son textos. Seis millones no es para nosotros más que un simple número, mientras que la evocación del asesinato de diez personas quizá cause todavía alguna resonancia en nosotros, y el asesinato de un solo ser humano nos llene de horror.

Le ruego que se detenga en esto un momento, Klaus Eichmann. Pues nos hallamos verdaderamente ante una de las raíces de lo «monstruoso». La insuficiencia de nuestro sentir no es, efectivamente, sólo un defecto entre otros; tampoco es simplemente peor que el desfallecimiento de nuestra facultad de representación o de nuestra percepción; sino peor incluso que todo lo peor que ha ocurrido; y con esto quiero decir: incluso peor que los seis millones. ¿Por qué?

Porque este desfallecimiento hace posible la repetición de lo peor, facilita su incremento; convierte incluso en inevitable su repetición y su incremento. Pues entre los sentimientos que desfallecen no sólo está el del horror, el del respeto o el de la compasión, sino también el *sentimiento de responsabilidad.* Por más infernal que esto pueda parecer, del último cabe decir exactamente lo mismo que de la representación y de la percepción, a saber: que este sentimiento se *torna tanto más impotente cuanto mayor se vuelve el efecto que nos proponemos lograr o que ya hemos logrado; que se hace igual a cero —y esto significa: que nuestro mecanismo de inhibición queda totalmente paralizado— tan pronto como se sobrepasa cierto umbral.* Y dado que esta regla infernal es efectiva, hoy lo «monstruoso» tiene vía libre.

Pero esto es lo que él se había representado

Seguro que mientras formulaba esta regla ha pensado en su padre. Y no sin razón. Usted lo conoció en su vida cotidiana como un hombre que no permitía que se trasluciera nada de lo que acababa de hacer; que lograba que no se trasluciera nada de esto; que ni siquiera tenía que esforzarse para que nada de esto se trasluciera. Y, posteriormente, usted leyó también las actas del proceso, de las que se desprendía que, hasta el último de sus días, lo que él había dirigido desde su mesa de despacho, como se dice, «le dejaba frío»; que ante sus monstruosas acciones se comportaba como si no mereciera la pena hablar de ellas, como si se tratara de *quantités négligeables* desde un punto de vista emocional. ¿Se comportó con tanta indiferencia *a pesar de que* sus acciones habían sido tan monstruosas? Ésta es la interpretación corriente. ¿O más bien, por el contrario, *porque* éstas habían sido tan desmesuradamente grandes? ¿Demasiado grandes para él? ¿Cuál es la realidad?

Éste es el momento en que empiezo a inquietarme, pues temo un «¡Bravo!» de su parte. En efecto, en virtud de la cuestión que acabo de plantear, puede que usted tenga la impresión de que me haya acercado considerablemente a su posición. Lo lamento, Klaus Eichmann. La regla que acabamos de enunciar —que nuestra capacidad de sentir disminuye con el aumento de la mediación de nuestra actividad y con el incremento de la magnitud de los efectos de nuestras acciones; y que nuestro mecanismo de inhibición desfallece totalmente una vez sobrepasado cierto umbral—, esta regla no basta para defender a su padre en tanto que víctima de la actual situación o para presentarlo como testigo principal de lo que, precisamente en razón de esta regla, nos puede ocurrir hoy a los seres humanos, y así declararlo libre de culpa. Su culpa en relación con lo monstruoso sigue siendo, pese a esto, monstruosa ¿Por qué?

Porque a él no se le puede considerar como uno de esos millones de trabajadores condenados a su actividad especializada y a los que, debido a la mediación del proceso del aparato en el que están integrados, se les ha arrebatado realmente de la posibilidad de representarse sus efectos últimos y monstruosos. A ese grupo pudieron pertenecer los mecanógrafos de su oficina, o aquellos empleados que habían de ordenar debidamente los nombres de los que ya habían sido liquidados. De ellos puede decirse realmente que su función especializada fue lo primero, y probablemente también lo único, que conocieron: que esto les impedía representarse el monstruoso efecto final. Mejor dicho: que incluso eran incapaces de hacer el solo esfuerzo (el esfuerzo vano) de representarse ese efecto. ¿Pero él? ¿Fue él realmente uno más? ¿Fue simplemente un empleado en la oficina de aniquilación? ¿Sólo una víctima de la maquinaria? ¿Sólo su propio ayudante?

Ni siquiera usted podría afirmar algo así. Responsabilizar únicamente a la máquina de su falta de imaginación y responsabilidad equivaldría prácticamente a invertir los hechos. Pues, en lo que a él respecta, puede

decirse que *lo primero* que tuvo a la vista fue la imagen del monstruoso efecto final; que participó en la planificación, construcción y dirección de la maquinaria únicamente con miras al logro de este efecto final; únicamente porque sin tal maquinaria jamás hubiera podido realizar este objetivo.

Naturalmente, con esto no quiero decir que antes de poner en marcha efectiva y (más o menos) «impecablemente» su aparato, su padre hubiera imaginado el efecto final en todo su detalle. Con qué precisión pudo haber pensado lo triplemente impensable —a saber: la no existencia de millones de personas, el calvario de los *morituri* y la destrucción de los imprescindibles ejecutores— es algo que no sabemos. Pero tampoco nos importa. Pues lo único que aquí cuenta, y lo que ya no podrá negarse jamás, es que la imagen o el concepto de estado final fue el trampolín de su actividad; que, de alguna manera, él se había *representado* de antemano el monstruoso estado final.

En este punto, usted podría intentar atenuar o borrar esta realidad decisiva enfatizando «de alguna manera» en vez de la palabra «representado». Dado que su padre (podría usted objetar) sólo pudo haberse representado esta monstruosidad *«de alguna manera»,* quedaría demostrado que también él habría sido víctima de esa «desproporción» entre la facultad de representación y la capacidad de fabricación que es el destino de todos nosotros: que sólo esta «desproporción» sería la culpable de su culpa. Y dado que, por otra parte, sin la existencia de esta «desproporción» a nadie se le podría ocurrir proponerse el exterminio de millones de personas, tampoco a él hubiera podido ocurrírsele jamás nada semejante de no haber sucumbido a tal «desproporción». En una palabra: él sólo habría podido participar en la planificación de la «solución final» porque únicamente habría podido tenerla a la vista «de alguna manera»; él sólo habría sido uno de nosotros; lo que a él le sucedió también podría pasarnos a cada uno de nosotros, pues nadie puede sustraerse a la ley de la «desproporción».

La oportunidad de fracasar

Pero las cosas no son tan sencillas, Klaus Eichmann. Y no puedo aceptarle una objeción tan simplista a mi argumento de la «desproporción». Es cierto (y así rezaba mi regla) que nuestra facultad de representación y de responsabilidad disminuye con el aumento de la magnitud de los efectos, que dicha facultad se vuelve totalmente inoperante una vez sobrepasado cierto umbral; y que hoy ninguno de nosotros se sustrae al ámbito de validez de esta ley. Pero esto no significa que nuestra derrota moral quede automáticamente sellada, que las puertas queden abiertas de par en par a lo monstruoso; o que a cada uno de nosotros, hasta cierto punto por descuido, pueda ocurrirle que trace y persiga planes eichmannianos, es decir, que se convierta en un Eichmann. Todavía no estamos sometidos tan servilmente a la «ley de la desproporción», y no tenemos derecho a ponernos las cosas tan fáciles. ¿Por qué?

No tenemos derecho a hacerlo porque, por otra parte —y esto constituye el complemento indispensable de nuestra regla de la «desproporción»—, la experiencia misma de nuestra impotencia representa todavía una *oportunidad,* una oportunidad moral positiva; que tal experiencia pueda activar un mecanismo de inhibición. *En el* shock *de nuestra impotencia habita, por así decirlo, un poder de advertencia.* Él precisamente nos enseña que hemos alcanzado ese límite último tras el cual los caminos de la responsabilidad y del cinismo se bifurcan irremediablemente. A quien realmente ha intentado alguna vez representarse los efectos de la acción por él planeada (por ejemplo, los efectos del proyecto en el que había sido integrado de forma totalmente desprevenida), y, tras fracasar en su intento, reconoce verdaderamente el fracaso, le invade el miedo; un miedo salvífico ante lo que se proponía hacer realidad; y de este modo se siente llamado a reexaminar su decisión (es decir, lo que, sin decidirlo él mismo, casi hubiera contribuido a realizar), y a hacer depender desde entonces su colaboración de su propia decisión. [illegible] una palabra: de este modo ya ha dejado atrás la zona de riesgo en la que le podría ocurrir algo eichmanniano y en la que podría convertirse en «un Eichmann».

«No puedo representarme el efecto de esta acción», dice.
«Luego se trata de un efecto monstruoso.
Luego no puedo asumirlo.
Luego he de revisar la acción planeada, o bien
rechazarla, o bien combatirla»

La explotación de la desproporción

Naturalmente, la condición para que el fracaso sea fructífero es que se emprendan realmente los intentos (condenados al fracaso) de representación. Y esto no es fácil, pues para la mayoría de nosotros nada es menos obvio que emprender tales intentos. Si éstos se producen tan raramente es porque somos casi siempre trabajadores subalternos y, como tales, no nos interesamos en absoluto por el efecto de nuestro trabajo ni, por tanto, por la representación de su efecto final; o más exactamente: porque se nos impide que nos interesemos por él; porque, en el seno de la división del trabajo, nosotros debemos limitarnos —y en esto estriba la «moral del trabajo» hoy universalmente reconocida— a interesarnos por la actividad especializada por la que se nos paga. Pero este impedimento de nuestro interés desencadena toda una serie de impedimentos. Pues si se nos impide llevar a cabo el intento de representación, naturalmente tampoco podemos experimentar nuestro *fracaso;* ni, por ende, apercibirnos de la *oportunidad* que representa esta experiencia (esto es, la advertencia); ni, finalmente, oponer una resistencia efectiva a lo monstruoso. Así pues, en favor de los millones de trabajadores de hoy, hemos de decir que, aunque sean cómplices de lo monstruoso, no pasan de ser cómplices inocentes.

Pero ¿vale esto también para su padre? ¿Hubiera podido él justificar su participación en lo monstruoso aduciendo que su función en el seno de la división del trabajo le arrebataba la oportunidad de representarse el efecto final? ¿Y que esta misma división le privaba de la oportunidad de equivocarse en su intento de representación?

Usted ya sabe la respuesta: no. Y es así porque su padre participó en la planificación de lo monstruoso; y porque aquellos planes que no están acompañados inmediatamente de representaciones de lo planeado contradicen lisa y llanamente el concepto mismo de plan. Establezcamos, pues, lo siguiente, Klaus Eichmann: *su padre hizo el intento.* E incluso más de una vez: pues cuando alguien planea algo, no se limita a un único intento, más bien tiene presente la imagen del objetivo del plan mientras éste dura

Pero igualmente cierto es, en segundo lugar, que su padre fracasó en esos intentos; por la sencilla razón de que no hay ser humano que pueda representarse tamaña enormidad: la eliminación de millones de personas.

Así pues, las únicas preguntas que reclaman respuesta son las referidas a su *reacción* ante este fracaso: la pregunta de si tomó nota de este fracaso. O si supo aprovechar la oportunidad ligada a él. O si «le sirvió» de algo.

Para responder a estas preguntas, quisiera hacerle primero, al menos virtualmente, una concesión. Podemos suponer tranquilamente que, una vez puesto en marcha su aparato conforme a lo programado, en su actividad diaria convertida en rutina su padre fuera perdiendo de vista progresivamente el objetivo que en un principio se había fijado: que, con el tiempo, la

representación de lo que él hacía realmente dejara de desempeñar un papel esencial; que en lo sucesivo sólo se interesara por el funcionamiento «impecable» de su empresa

Pero hemos de entender correctamente esta concesión. Pues con esto no quiero decir que por el hecho de que su actividad se hiciera rutinaria, pueda desvanecerse la culpa con la que se cargó inicialmente en tanto que colaborador en la planificación de la «solución final». Ni que acabara siendo víctima de su aparato, descendiendo finalmente a la posición de ceguera de sus empleados.

Pues las palabras «acabar siendo víctima» y «descender» están aquí fuera de lugar. Presentar el proceso como un suceso puramente pasivo sería una mistificación. Nos hallamos, más bien, ante una *acción.* Lo que sucedió es que él mismo se *hizo* víctima de su propio aparato. En realidad, no hubiera podido hallar o idear un medio más práctico, un medio más capaz de garantizar de la forma más segura el éxito de su monstruoso programa, que el hecho de que su facultad de representación no estuviera a la altura de la magnitud de su objetivo, que sus intentos de representación estuvieran condenados al fracaso. Comprenderá mucho mejor esta idea si la formulamos negativamente. Lo que quiero decir es que su padre no hubiera podido autorizarse a sí mismo, no hubiera podido permitirse la imagen de las colas de espera, la imagen de las víctimas de las cámaras de gas, de los quemados y de los medio quemados. Y no hubiera podido hacerlo porque, de ser así, se habría expuesto permanentemente al peligro, habría corrido permanentemente el riesgo de debilitarse y abandonar —en una palabra: habría podido sabotear su programa y, de este modo, sabotearse también a sí mismo—. Este punto jamás podremos tomarlo lo suficientemente en serio, Klaus Eichmann. Pues no tenemos razón alguna para restar importancia a este peligro de sabotaje. A fin de cuentas, no podemos pasar por alto que quienes están al frente de las empresas de hoy, monstruosas y a salvo de tabúes, en cierto modo siguen siendo también de los nuestros: figuras obsoletas; con lo cual no sólo quiero decir que son tan incapaces como nosotros de representarse lo que hacen, sino que —y esto es lo más importante— también ellos han venido al mundo como seres humanos y que, en tanto que tales, siguen arrastrando ciertos *rudimentos últimos de tabúes;* rudimentos que, evidentemente, por obstaculizar sus empresas, les resultan altamente molestos. Muchos de los que fueron designados como ejecutores en los campos de exterminio incluso debieron de seguir cursos en los que, ejercitándose en la tortura y la muerte, tuvieron que aprender también a «matar» sus tabúes. Y su mismo padre evocó una vez (y por esta miserable razón no podemos negarle absolutamente un mínimo de humanidad) que había veces en las que se sentía mal, que podía llegar a revolvérsele el estómago al ver correr por el suelo la sangre de la masa asesinada. Qué sea aquí lo más horrible: el hecho que él evoca; o su reacción ante éste; o el hecho de que, pese a todo, no cejara; o que el estómago se convierta en el último refugio de la moral y de la piedad, que lo animal y lo moral intercambien su lugar —esto es algo imposible de determinar—. Sea como fuere: lo que aquí nos importa es que su padre tuvo que hacer todo lo posible para alejar el peligro que representa la intrusión fisiológica de la moral en la realización de su programa.

Mire usted: el medio de protegerse contra los tabúes estaba a su disposición. Había esa maravillosa insuficiencia de la capacidad de representación y de la capacidad de sentir. Había esa maravillosa experiencia de que ninguno de nuestros intentos de representación es suficiente. Su padre sólo tenía que echar mano de ella

Y eso fue lo que hizo.

Anteriormente he caracterizado el fracaso de nuestros intentos de representación como una «oportunidad». Y lo he hecho porque precisamente este fracaso nos abre los ojos; porque es precisamente ese fracaso el que nos permite reconocer que hemos llegado a la última encrucijada de los caminos; porque él precisamente *nos* advierte de que no hemos de hacer nada que «no podamos prever».

Pues bien, su padre también aprovechó esa «oportunidad» que brinda el fracaso. Pero es evidente que en un sentido diametralmente opuesto al nuestro. Pues el fracaso no fue para él una advertencia, sino una justificación de su acción. De haber podido formular el principio de su acción, éste hubiera sido el siguiente:

> «Yo no reconozco en absoluto lo monstruoso.
> Debido a la "desproporción", soy absolutamente incapaz de reconocerlo.
> Luego nada se me puede imputar.
> Luego puedo hacer lo monstruoso».

O bien:

> «Yo no veo a los millones de personas a los que ordeno llevar a las cámaras de gas.
> Me es totalmente imposible verlos.
> Por tanto, puedo ordenar tranquilamente que los lleven a las cámaras de gas».

No, presentar sencillamente a su padre como una víctima más de la actual debilidad de nuestra facultad de representación o defenderlo en tanto que víctima de esta situación, sería ofrecer una imagen falsa de él. Y no sólo esto: proceder así sería, además, infinitamente injusto en relación con los millones de personas a los que realmente no les es dado representarse los efectos de aquello con lo que, sin darse cuenta, colaboran. Lo que para éstos es una fatalidad; y lo que inspira temor a quienes, de entre ellos, tienen una mayor conciencia moral: la impotencia de su capacidad de representación y de su capacidad de sentir, su padre lo aceptó complacido, utilizándolo y explotándolo para sus propios fines. Fue su más excelente instrumento práctico. De no haberlo poseído y de no haber podido servirse de él incesantemente, jamás hubiera logrado consumar su obra de exterminio.

Lo monstruoso y las víctimas

Ahora bien, nadie está libre de la fatalidad de la «desproporción». Representarse efectos enormes es algo en lo que no sólo fracasan quienes los ocasionan. Cuando lo monstruoso se produce, la impotencia de las víctimas es exactamente la misma que la de los verdugos. Basta con que dejemos de lado a su padre y pasemos a considerar a sus víctimas.

Pues de éstas sabemos que, en incontables ocasiones, se quedaron perplejas y sin palabras ante su situación. Comprenda, Klaus Eichmann, lo que esto significa: a diferencia de su padre y de sus empleados, estos seres humanos tuvieron ante sí lo monstruoso cada día y cada minuto. Pero ¿de qué les servía ya tener ojos? Lo que veían era justamente «demasiado grande»; también ellos estaban sometidos a la ley de la «desproporción». Y esto significa que no sólo eran incapaces de comprender las causas de la situación por ellos «percibida», sino que incluso eran incapaces de representarse lo que percibían, incapaces de hacerle frente, de reaccionar adecuadamente —¿qué hubiera sido aquí lo «adecuado»?—. Un solo ejemplo puede bastarnos: el de la mujer embarazada transportada al campo de concentración, incapaz de imaginarse que no era más que un elemento en la elaboración de determinado material y que su única función era elevarse en forma de humo, al día siguiente, por la chimenea que humeaba ante sus ojos; y que por tanto seguía comportándose como si todavía fuera una mujer, como si todavía estuviera en casa, o como si aquellos en cuyas manos estaba fueran aún seres humanos: la mujer que solicitó a uno de los ayudantes del verdugo —en este caso ayudante de las cámaras de gas— que le facilitara un cochecito para niños; y que, como es natural, con esta petición absurda —imagíneselo usted: una pieza numerada de material combustible solicitando un cochecito para niños, ¡dónde iríamos a parar!— provocó la burla de los infiernos y precipitó su eliminación.

Por otra parte, quisiera subrayar en este punto que este tipo de reacciones erróneas ante lo monstruoso —y el ejemplo que acabo de aducir es solamente uno de entre miles— son todo menos ridículas. Al contrario, tales reacciones son en cierto modo hasta *consoladoras* si es que todavía cabe emplear aquí esta palabra tan humana; entre las incapacidades de los seres humanos hay algunas que les honran: y a este grupo pertenecen precisamente este tipo de reacciones erróneas. Pues éstas demuestran cuán obstinadamente el hombre corriente se resiste a dar realmente crédito a una deshumanización sin mesura. En fin: las víctimas no hubieran podido reaccionar de forma distinta a como lo hicieron. (Y esto no sólo vale en relación con el tiempo que pasaron en el campo de concentración, sino en general, pues lo monstruoso no empezó únicamente allí: también la amenaza de lo monstruoso era ya monstruosa) Quien cuestione esto —y a veces se ha hecho—; quien de estos millones de personas, que eran como eran, a saber: personas condicionadas de mil formas por el mundo y la historia y acostumbradas a circunstancias y reacciones previsibles; quien de ellas diga que hubieran *podido* reaccionar de forma más adecuada a la situación monstruosa, sólo delata su más absoluta ceguera ante la realidad. Y algo todavía peor respecto a quien mide a estas personas

corrientes con el rasero de postulados incondicionados o con un ideal abstracto; quien *postfestum* exige de ellos que *deberían* haber reaccionado de otro modo; y quien los desprecia por no responder a ese ideal elevado de lo humano y no haberse transformado de la noche a la mañana en héroes o superhombres. Esta sentencia también se ha pronunciado ya. El que sea precisamente la bella virtud de la incondicionalidad lo que haya llevado a ciertos filósofos a elevarse a tal severidad no es tanto indignante cuanto terriblemente deprimente. Y a todo aquel que sepa que tampoco él podría prescindir de duras abstracciones y criterios inexorables y que sin ellos sería incapaz de formular juicios válidos: a todo aquel que piensa, esta pretensión debería servirle como advertencia contra los peligros del doctrinarismo.

No, reaccionar adecuadamente ante lo inconmensurable era imposible. Y quien exige esto a las víctimas, también debería exigir al pez recién pescado que de repente le crecieran piernas, para así poder regresar a pasitos a su húmedo elemento. La reacción errónea resultó inevitable, sencillamente porque lo desmesurado de lo que se exigía superaba sin más la medida de lo que las personas pueden representarse, sentir o hacer. Porque no tenían más alternativas que éstas:

- ⇒ o responder de algún modo a su destino, sirviéndose de los miserables conceptos de su vida normal y de las formas de acción que les eran familiares, y así fracasar; o
- ⇒ prorrumpir en pánico, es decir: reaccionar salvaje y desorientadamente —y así fracasar igualmente; o bien, en último lugar,
- ⇒ (al igual que su padre, quien los condujo a esta inefable situación) no reaccionar en absoluto, y así, evidentemente, fracasar igualmente.

Una cuarta forma de reacción ante lo monstruoso, supuestamente más adecuada, es una invención de los moralistas que descuidan la realidad de lo humano.

Seis millones uno

¿Por qué le hablo de estas indefensas víctimas? ¿Para despertar su compasión?

Difícilmente. Pues al margen de que la demora de este sentimiento, si es que pudiera despertarse en usted, lo haría ineficaz y por tanto irreal, el intento de compadecer a seis millones está necesariamente condenado al fracaso, en usted como en cualquier otra persona.

Es por una razón muy distinta, a saber: porque lo dicho sobre las víctimas también le concierne indirectamente a usted; porque también usted está entre aquellos con los que se ha hecho algo monstruoso; y entre quienes no pueden reaccionar de forma adecuada. Ya hice alusión a este hecho al principio, cuando le pedí que creyera en el respeto que me infundía su inmerecida desgracia. Pero en ese punto no podía explicarle aún cuán significativa es hoy su desgracia para nosotros. Por favor, no se enfade, Klaus Eichmann, si afirmo que usted es pariente de los recluidos en los campos de concentración. No se enfade, pues ser incluido entre esos desdichados no es ninguna vergüenza; el lodo que llevaban pegado procedía, como suele suceder, de las botas de quienes los pisoteaban. Y el hecho de que usted sea hijo de Eichmann, mientras que esas personas eran hijos de judíos, este hecho no tiene aquí ninguna importancia: pues su madre y la de ellos es una y la misma, todos ustedes son hijos de una y la misma *época.* Y cuando esta *época* reparte los destinos que le son característicos, lo hace sin preocuparse de las líneas que separan rangos y frentes y que a nosotros nos parecen tan importantes, e incluso las distinciones entre el verdugo y la víctima le son indiferentes: en lo fundamental estos destinos se parecen los unos a los otros, ninguno de nosotros puede elegir libremente de quién nos gustaría distinguirnos y a quién preferiríamos parecernos.

Como usted sabe, cuando las víctimas de su padre llegaban a los campos de concentración se marcaba con hierro candente un número en su carne, el estigma de lo monstruoso. También usted, dado que lo que se le ha infligido es demasiado grande y excede cualquier representación posible y toda reacción adecuada, lleva marcado el estigma de lo monstruoso: el número SEIS MILLONES UNO. Y aunque este número sea invisible, aunque no esté marcado con hierro candente en su carne, sino sólo en su destino, su número no es menos real que los números, quemados después, de los seis millones y que los números que todavía hoy pueden verse en los brazos de los que consiguieron huir.

El sueño de las máquinas

Recordará usted, Klaus Eichmann, el objetivo de todas estas reflexiones. Nuestro argumento decía: usted sólo puede soportar su vida si comprende que su desgracia no es simplemente un gigantesco infortunio. Y esto sólo podrá comprenderlo si descubre cómo pudo ocurrir, o más bien, cómo tuvo que ocurrir, ese acontecimiento monstruoso que ha contaminado de monstruosidad su propio destino.

Como principales responsables de lo monstruoso he enunciado dos causas. Dado que sobre la primera de ellas, la «desproporción», sabemos ya lo suficiente, podemos pasar ahora a la segunda: la *«naturaleza maquinal* (o de aparato) *de nuestro mundo actual».* No precisamos recorrer un largo camino para llegar a este punto: las dos causas de la monstruosidad están estrechamente relacionadas entre sí En la descripción de la «desproporción» se mostró ya que nuestra incapacidad para representarnos como *nuestros* los efectos de nuestra acción, no puede atribuirse solamente a la desmesurada magnitud de tales efectos, sino también a la desmesurada *mediación* de nuestros procesos de trabajo y de acción. La agravación de la actual *división del trabajo,* en efecto, no significa otra cosa que el hecho de que nosotros, en nuestro trabajo y en nuestra acción, estamos condenados a concentrarnos en minúsculos segmentos del proceso global: estamos tan encerrados en las fases de trabajo que se nos ha asignado como los prisioneros a sus celdas. En tanto que «prisioneros» nos agarramos a la imagen de nuestro trabajo especializado; de este modo estamos excluidos de la representación del aparato como totalidad, de la imagen del proceso global del trabajo, compuesto por miles de fases. Y con más razón, naturalmente, de la imagen del efecto global al que sirve este aparato.

Y sin embargo, por más indiscutible que pueda ser esta constatación, con ella todavía no hemos dado con la segunda «causa de lo monstruoso»; un examen más exacto muestra que también ésta es una causa insuficiente y demasiado anodina. Y esto es así porque la división del trabajo y lo que acabo de caracterizar como «reclusión en una fase», sólo son efectos secundarios, simples consecuencias de un hecho incomparablemente más fundamental y más funesto. Solamente si prestamos atención a este hecho descubrimos la segunda «causa de lo monstruoso». Lo que quiero decir —lo sé, esta tesis parece aventurada— es que *nuestro mundo actual en su conjunto se transforma en una máquina, está en camino de convertirse en una máquina.*

¿Por qué podemos enunciar con razón esta tesis desmesurada?

No simplemente porque ahora hay tantas máquinas y aparatos (políticos, administrativos, comerciales o técnicos), o porque éstos desempeñan un papel tan determinante en nuestro mundo. Esto no justificaría esta caracterización. Lo importante es más bien algo más fundamental, algo relacionado con el *principio de las máquinas —y* ahora hemos de volver sobre este principio—. Pues este principio contiene ya las condiciones en virtud de las que el mundo entero se

convierte en máquina. ¿Cuál es el principio de las máquinas?

El máximo rendimiento.

Y por esto no podemos concebir las máquinas como cosas concretas aisladas unas de otras, como si fueran piedras que sólo están allí donde están y que, por tanto, permanecen encerradas en sus límites físicos. Puesto que la *raison d'être* de las máquinas es el rendimiento, incluso el máximo rendimiento, necesitan, todas y cada una de ellas, *mundos en derredor* que garanticen este máximo. Y lo que necesitan, lo conquistan. Toda máquina es expansionista, por no decir «imperialista»; cada una de ellas se crea su propio *imperio colonial* de servicios (compuesto por personal auxiliar, de servicio, consumidores, etc.). Y de estos «imperios coloniales» exigen que se transformen a su imagen (la de las máquinas); que «jueguen su juego», trabajando con la misma perfección y seguridad que ellas; en una palabra: que, aunque localizadas fuera de la «madre patria» —preste atención al término, pues será un concepto clave para nosotros— se conviertan en «co-maquinales». La máquina originaria, pues, se expande, se convierte en «megamáquina»; y no sólo de forma accidental o circunstancial; de lo contrario, si cejara en ese empeño, dejaría de contar en el imperio de las máquinas. A esto se añade el hecho de que ninguna de ellas puede saciarse definitivamente incorporando a sí misma un ámbito de servicios, siempre limitado, por más grande que éste sea. De la «megamáquina» cabe decir, antes bien, lo que cabe decir de la máquina original: que también ella necesita un mundo exterior, un «imperio colonial» que se pliegue a ella y «juegue su juego» de modo óptimo, trabajando con la misma precisión que ella; que se crea un «imperio colonial» y lo transforma a su imagen, de modo que éste, a su vez, se convierte también en máquina. En una palabra: la autoexpansión no conoce límites, la *sed de acumulación de las máquinas es insaciable.* Decir que, en este proceso, las máquinas arrinconan como carentes de valor y nulos todos aquellos fragmentos de mundo que no se pliegan a la co-maquinización por ellas exigida; o que expulsan y eliminan, como si de desechos se tratara, a quienes, incapaces de prestar servicios o reacios al trabajo, sólo desean haraganear, constituyendo así una amenaza para la extensión del imperio de las máquinas, decir esto puede parecer trivial, pero precisamente por ello hemos de subrayarlo expresamente. Pues nada es más funesto, nada garantiza con mayor seguridad la falta de conciencia del principio de las máquinas, que el hecho de que esta falta de conciencia sea ya una trivialidad: lo que se considera trivial pasa inadvertido; y lo que pasa inadvertido se acepta sin rechistar.

Naturalmente, este proceso de comaquinización no es solamente una lucha de las máquinas *contra* el mundo, sino que es siempre, al mismo tiempo, una lucha por el mundo, una competencia que las máquinas ávidas de botín despliegan *unas frente a otras.* Pero este hecho, esto es, el de que luchan constantemente en dos frentes, no disminuye en absoluto la claridad del objetivo final. Este objetivo se llama, desde un principio, «conquista total», y así seguirá llamándose. Lo que las máquinas desean es una situación en la que ya no haya nada que no se pliegue a ellas, nada que no sea ya «co-maquinal», ninguna «naturaleza», ninguno de los así llamados «valores superiores» ni (puesto que para ellas nosotros sólo seríamos ya personal de servicio o de

consumo) tampoco nosotros, los seres humanos. Sino solamente ellas.

Pero ni siquiera *ellas.* Y de este modo llego a lo esencial, el concepto de «máquina mundial». ¿Qué entiendo por este concepto?

Suponga usted, por ejemplo, que las máquinas lograran, de hecho, conquistar completamente el mundo, tan completamente como, en menor escala, la máquina de Hitler conquistó Alemania: que, por tanto, no hubiera nada más en el mundo que ellas y sus semejantes, un gigantesco parque de máquinas «coordinadas». ¿Qué sería, en estas condiciones, de los diferentes ejemplares de máquinas?

Hemos de hacer dos consideraciones:

1) que, sin fuerzas auxiliares, ninguno de estos ejemplares podría funcionar, pues ciertamente ninguna máquina es capaz de ponerse en marcha sola o alimentarse a sí misma, por más elevado que sea su nivel de automatización;
2) que entre las fuerzas auxiliares que estarían a disposición de estos ejemplares ya no habría ninguna que no fuera también una máquina, en una palabra: todas ellas dependerían unas de otras, se verían totalmente obligadas a recurrir a sus semejantes; y, *viceversa,* todas y cada una de ellas tendrían que ayudar a que sus semejantes funcionaran lo mejor posible.

Pero ¿a qué conduciría esta reciprocidad?

A algo extraordinariamente sorprendente: puesto que constituirían un perfecto engranaje, los ejemplares particulares ya no serían propiamente «máquinas». ¿Qué serían entonces?

Piezas de máquinas. Es decir, piezas mecánicas de una única y gigantesca «máquina total» en la que se habrían fusionado.

¿Y a qué conduciría esto? ¿Qué representaría esta «máquina total»?

Sigamos reflexionando: ya no habría piezas que no estuvieran integradas en ella. Ya no quedarían restos que se mantuvieran fuera de ella. Esta «máquina total» sería, pues, el *mundo.*

Y de este modo nos situamos cerca del objetivo. De hecho, para llegar a él apenas necesitamos dar otro paso, basta con invertir la frase «Las máquinas se convierten en el mundo». La frase invertida es: «El mundo se convierte en una máquina».

Y esto, el mundo en tanto que máquina, es realmente el estado *técnico-totalitario* al que nos dirigimos. Subrayemos que esto no data de hoy ni de ayer, sino de siempre, pues esta tendencia deriva del principio de la máquina, esto es, el impulso de autoexpansión. Por esta razón podemos afirmar tranquilamente: el mundo en tanto que máquina es el imperio quiliasta que soñaron todas las máquinas, desde la primera de ellas; y que hoy tenemos

realmente ante nosotros, pues desde hace un par de décadas esta evolución ha entrado en un *accelerando* cada vez más vertiginoso.

Digo *ante* nosotros. Pues, en efecto, no podemos afirmar en absoluto que este «reino» haya encontrado por fin su última y absoluta realización. Pero tampoco tenemos derecho a consolarnos con esta concesión. Pues ya hemos dejado atrás la parte decisiva del camino que conduce a la «máquina mundial». El Rubicón, esto es, ese límite más acá del cual, anteriormente, hubiéramos podido formular la afirmación trivial de que «en» nuestro mundo también hay máquinas, ya lo hemos atravesado; a la palabrita «en», así empleada, ya no le corresponde nada; y esta palabrita sólo recobraría su sentido si, también en este caso, invirtiéramos nuestra afirmación, es decir, si, en vez de decir que las máquinas están en el mundo, dijéramos que el mundo está (como su alimento o su servidor) «en la máquina». Pero esto equivaldría precisamente a reconocer que ya hemos alcanzado la orilla del «imperio quiliasta»[3].

Somos hijos de Eichmann

Así le va a nuestro mundo. Y como a nosotros, sus habitantes, no nos es posible escondernos en un cuarto contiguo de la historia o escaparnos a una utópica época pretécnica, esto significa evidentemente que, si nos entregamos a esta evolución, perdemos necesariamente nuestra especificidad como seres humanos; y esto en la misma medida en que aumenta la naturaleza maquinal de nuestro mundo. Así pues, ya no será posible retrasar el día en que se realice el imperio quiliasta del totalitarismo técnico. A partir de ese día sólo existiremos como piezas mecánicas o como materiales requeridos por la máquina: *en tanto que seres humanos,* seremos eliminados. Por lo que respecta al destino de aquellos que ofrezcan resistencia a su co-maquinización, después de Auschwitz no es difícil adivinarlo. Éstos no sólo serán eliminados «en tanto que» seres humanos, sino materialmente. (¿O acaso no deberíamos decir, al contrario, que *ellos* serán eliminados precisamente «en tanto que seres humanos»? ¿Pues verán estos seres humanos su fin precisamente *porque* habrán intentado seguir viviendo «en *tanto que* seres humanos»?)

El parecido de este amenazador imperio técnico-totalitario con el monstruoso imperio de ayer es evidente. Naturalmente, esto parece provocador, pues hemos adquirido la dulce costumbre de considerar el imperio que hemos dejado atrás, el «tercer» Reich, como un hecho único, errático, como algo atípico en nuestra época o en nuestro mundo occidental. Pero este hábito, evidentemente, no sirve como argumento, esta actitud no es más que una forma de cerrar los ojos. Puesto que la técnica es hija nuestra, sería tan cobarde como estúpido hablar de la maldición que le es inherente como si ésta se hubiera colado casualmente en casa por la puerta trasera. Esta maldición es *nuestra* maldición. Puesto que el imperio de la máquina procede por acumulación, y puesto que el mundo de mañana se globalizará y sus efectos lo abarcarán todo, propiamente hablando la maldición se halla todavía *ante* nosotros. Es decir: hemos de esperar que el horror del imperio por venir eclipse ampliamente el del imperio de ayer. No cabe duda: cuando un día nuestros hijos o nuestros nietos, orgullosos de su perfecta co-maquinizadón, desde las alturas de su imperio quiliasta bajen la mirada hacia el imperio de ayer, el así llamado «tercer» Reich, sin duda éste sólo se les antojará un experimento provinciano, que, pese a su enorme esfuerzo por ser «mañana el mundo entero», y a su cínico exterminio de lo no utilizable, no logró mantenerse en pie. Y, sin duda, en lo que allí sucedió no verán otra cosa que un ensayo general del totalitarismo, ataviado con una necia ideología, al que la historia universal se aventuró prematuramente.[4]

Obviamente, aún no hemos llegado tan lejos. Aún sería demasiado pronto para afirmar que hoy ya se nos fuerza a no ser más que piezas de una máquina, materia prima o mero desecho virtual; o que se nos obliga a ver a nuestro prójimo como tal cosa o a tratarlo de ese modo; o que a quienes ofrecen resistencia se los desprecia como algo que no vale nada o se los aniquila. Todavía no hemos acabado, todavía no ha llegado la última noche. Sin embargo, ya es demasiado tarde para poner en duda que nos dirigimos hacia

esa «noche», o mejor dicho, hacia el alba del totalitarismo maquinal, para dudar de que hoy nos hallamos ya en su campo de gravitación; de que estas afirmaciones sobre el mañana se *tornan* día a día más verdaderas. También las «tendencias» son hechos. Un solo ejemplo basta para demostrarlo.

El actual *armamento nuclear.* ¿Qué significa éste?

Que, con toda la naturalidad del mundo, a millones de nosotros se nos emplea para co-preparar la posible liquidación de poblaciones, tal vez incluso de la humanidad entera, para co-realizarla «en caso de conflicto»; y que estos millones aceptan y desempeñan esos *jobs* con la misma naturalidad con la que se les ofrecen o se les asignan. Así pues, la situación actual se parece a la de antaño de la forma más terrible. Lo que cabe decir de entonces, a saber: que los empleados desempeñaban concienzudamente sus funciones

⇒ porque ya no se veían a sí mismos más que como piezas de una máquina;
⇒ porque interpretaban incorrectamente la existencia de ésta y su buen funcionamiento como su justificación;
⇒ porque eran «prisioneros» de sus trabajos especializados, y por tanto estaban separados del efecto final por múltiples muros;
⇒ porque la enorme magnitud de éste les hacía incapaces de representárselo; y porque, en virtud de la mediación de su trabajo, eran incapaces de percibir las masas de seres humanos a cuya liquidación contribuían;
⇒ o porque, al igual que su padre, se aprovecharon de esta incapacidad;

todo esto también es válido hoy. Y también lo es —y esto es lo que torna completa la similitud entre la situación actual y la de entonces—, el que quienes se resisten a participar, o desaconsejan a otros su participación, se convierten de inmediato en sospechosos de alta traición.

No importa si todavía u otra vez, todo esto es también válido hoy.

¿Se da usted cuenta, Klaus Eichmann? ¿Se da cuenta de que el llamado «problema Eichmann» no es un problema de ayer? ¿De que no pertenece al pasado? ¿De que para nosotros —y, al decir esto, en verdad sólo puedo excluir a muy pocos— no existe en absoluto ningún motivo para mirar con arrogancia el pasado? ¿Se da cuenta de que todos nosotros, exactamente al igual que usted, nos enfrentamos a algo que nos resulta demasiado grande? ¿De que todos rechazamos la idea de lo que resulta demasiado grande para nosotros y de nuestra falta de libertad ante él? ¿Se da usted cuenta de que *todos nosotros* somos *igualmente hijos de Eichmann?* ¿O al menos hijos del *mundo de Eichmann?*

El nuevo padre es el mismo que el viejo

Pero la semejanza entre usted y nosotros es mucho más profunda. Recordará que al comienzo de mi carta he evocado el peor momento de su vida, aquel en el que usted tuvo que enterarse de que su nuevo padre, el hombre que en América había hecho las veces de su padre, y que posteriormente, en los años de vida familiar, borró completamente con su presencia la imagen ya vaga de su primer padre, ese hombre no era otro que este mismo primer padre. No puedo decir que al escribir estas palabras yo comprendía ya el verdadero significado de aquel instante. Creía estar hablando más bien de una experiencia totalmente particular, de una experiencia que sólo usted pudo haber tenido; y probablemente también *usted* creía lo mismo. Pero los dos nos equivocábamos. Pues ahora es evidente que ésta su experiencia es una de esas cosas por las que usted es un *símbolo* para nosotros, que *también nosotros* tenemos una experiencia muy similar, o al menos deberíamos tenerla. Pues, durante las dos últimas décadas, *también nosotros* vivimos creyendo que el monstruoso mundo de ayer, del que procedemos, lo habíamos dejado atrás y sustituido por otro. Y *también nosotros* debemos constatar que hemos sido víctimas de una ilusión: quien había ocupado entre nosotros el «lugar del padre» es idéntico al «padre» que había imperado dos décadas atrás. O dicho de otro modo: lo monstruoso no sólo ha «sido», sino que ha habido un preludio; Auschwitz ha marcado nuestra época, y lo que allí sucedió podría repetirse cada día. Tras las reflexiones que hemos hecho, usted entenderá que con este pronóstico no quiero decir simplemente que éste o aquel gobierno sean sospechosos de secretos propósitos totalitarios, o que éste o el otro gobierno sean realmente totalitarios y que, por tanto, permita suponer que no se echarían atrás ante hechos como los de Auschwitz. Si fuera sólo esto, aunque parezca cínico decirlo, podríamos respirar tranquilos: el peligro del que entonces se trataría sería siempre de naturaleza particular. Pero usted sabe que aquello a lo que me refiero es mucho más general y funesto. Pues si hablo de peligro, no es porque barrunte un totalitarismo político acá o allá, sino porque el *totalitarismo técnico,* del que el político sólo es un fenómeno derivado, nos sale al encuentro por todas partes. En una palabra: mi idea es que nuestro mundo, en su totalidad, se dirige al «imperio quiliasta de la máquina»; y que nuestra transformación en piezas mecánicas en virtud de esta evolución progresa constantemente. Si esta tesis es cierta, si es verdad que la presión ejercida por el proceso de maquinización se acrecienta día a día y que cada vez está más próximo el imperio de la «máquina total», evidentemente ya no puede decirse en absoluto que hayamos dejado atrás los días de lo monstruoso. E igual de insuficiente es entonces admitir, complaciéndonos en el pecado (lo que hoy pasa por ser un mérito moral), que tampoco nosotros hemos logrado salir del todo del mal, o al menos no todos nosotros, y que también nosotros seguimos tal vez estando expuestos a la tentación de cooperar en la producción de lo monstruoso, o al peligro de participar en su padecimiento. Esto no es sólo insuficiente, es un engaño ataviado con vanidad. Pues ¿qué significa «también nosotros»? ¿O «también nosotros todavía»? ¿Somos acaso los raros y últimos retardatarios de la época de las máquinas, aún no totalmente desinfectados de las monstruosidades de ayer? No, al

contrario. Si ayer se produjo lo monstruoso, no fue porque ayer *todavía* existía, sino, al contrario, porque ayer *ya* existía; fue, pues, porque los *de ayer han sido los precursores de nuestro monstruoso mundo de hoy y de mañana.* Puesto que la maquinización del mundo, y a través de ella nuestra co-maquinizadón, avanza desde ayer de la forma más temible, es ciertamente indiscutible. Pero con esto se está diciendo también que nosotros, aun cuando hoy reine la calma y el placer puro de la cultura, estamos mucho más expuestos al peligro de convertirnos en cómplices o víctimas de la máquina de lo que lo estuvieron los de ayer. No nos dejemos adormecer por la calma actual. Es engañosa. Es un momento de calma entre dos tempestades, el sueño que el mundo monstruoso puede permitirse entre las monstruosidades de ayer y de mañana. Mañana mismo podría volver a desatarse la tempestad. Y pasado mañana podría volver a suceder que, si a la máquina se le antoja oportuno, vuelva a emplearnos como personal de servicio o a convertirnos en víctimas de sus objetivos de exterminio. En cualquier caso como víctimas.

No, no nos hagamos ilusiones, Klaus Eichmann. Por más inofensivas que puedan parecer las máscaras de nuestros «segundos padres» —y muchas de estas máscaras muestran incluso la ancha sonrisa bondadosa de los padres de la era del bienestar—, el rostro que se oculta tras ellas es y sigue siendo el viejo rostro de nuestro primer padre. El rostro monstruoso. Con esto no digo, naturalmente, que las máscaras de hoy sean exclusivamente las de hipócritas o impostores. De la mayoría de ellos cabe decir, por el contrario, que jamás han visto su verdadero rostro reflejado en un espejo, que están convencidos de su identidad con los rostros que se les ha colocado y de no tener ningún otro. Pero esto no mejora la situación, sino que, por el contrario, incluso la empeora Pues no hay nada peor que el hecho de que hasta los poderosos, y no sólo los desposeídos, sean víctimas de ideologías. Y nada más funesto que el que la regla «el actor desconoce su propia acción» sea también válida para aquellos que, desde sus posiciones dominantes, co-dirigen la fatalidad; y no sólo para nosotros, los millones de personas a los que se nos encamina al encuentro de la misma

Ya ve, Klaus Eichmann: lo que a usted le ha ocurrido, esto mismo nos ocurre también a nosotros. *Como usted,* también nosotros hemos depositado nuestra confianza en nuestro «segundo padre». Y, *como usted,* también nosotros hemos dado después, sin darnos cuenta, un voto de confianza a nuestro primer padre. *Como usted.* ¿Necesita argumentos más fuertes para convencerse de que *usted es uno de nosotros?*

La oportunidad

¿Qué le parece todo esto, Klaus Eichmann? Seguramente se negará a responder que es «consolador». Y no estaría usted muy desacertado. Pues la idea de no estar solo, de no ser el único que está bajo una maldición, y la conciencia de abandonar su propia caverna no para salir al aire libre, sino para entrar en otra, en la caverna de nuestra miseria, no pueden traer consuelo alguno. Y sin embargo, entrar en esta caverna mucho más vasta y encontrarse con los miembros de su familia Eichmann, ahora mucho más extensa, con los millones de personas a los que en todo momento se les podría exigir algo similar a lo que se le exige a su padre, y a los que en todo momento podría ocurrirles algo similar a lo que le ha ocurrido a usted, a saber: convertirse en verdaderos hijos de Eichmann, esto es, sin embargo, mejor que refugiarse en la estrechez de su propia miseria. ¿Por qué? Con esta pregunta llego a mi consideración final.

Probablemente, también usted habrá oído que en esta «caverna» más vasta —digamos tranquilamente: en casi todos los países de la tierra— hay un movimiento de personas que luchan contra el principio Eichmann de nuestro mundo. Es el movimiento de los adversarios del armamento nuclear. (Añadir que de este armamento cabe decir lo mismo que hemos dicho anteriormente de las máquinas, a saber: que una vez presente, sigue acumulándose, sin preocuparse de sus efectos inimaginables, añadir esto resulta superfluo: la historia de las dos últimas décadas ha sido, en gran medida, la historia de esta acumulación.)

Pues bien, a este movimiento contra el armamento nuclear se han adherido personas de todos los países y capas sociales: tanto clérigos británicos como científicos rusos, tanto japoneses como alemanes, tanto estudiantes como trabajadores —todas las diferencias y las líneas divisorias de ayer carecen ya de sentido—. Lo importante es que se ha comprendido lo que actualmente está en juego: que, de repetirse hoy lo que sucedió hace veinte años, el mundo entero podría convertirse en un campo de exterminio; y que esta catástrofe, que es perfectamente posible, de poder evitarse, sólo se soslayaría si todos aquellos que mañana podrían estar entre los encargados de aniquilar o entre los aniquilados se opusieran apasionada y resueltamente a esta evolución. Ninguno de nosotros olvida Auschwitz o Hiroshima. Por eso podemos afirmar tranquilamente que este movimiento, aunque hasta hoy sólo pertenecen a él unos millones de personas, es decir, una parte de la población humana, es representativo de toda la humanidad; que sin duda es representativo de la *causa de* la humanidad: de su supervivencia.

Y he aquí mi propuesta, Klaus Eichmann. Hasta creo que esta propuesta podría representar —en las muchas páginas de esta carta todavía no me he atrevido ni una sola vez a pronunciar esta palabra— una *oportunidad* para usted. Imagínese, Klaus Eichmann, lo que significaría que *usted* se sumara a este movimiento contra el exterminio de la humanidad; que usted, que ha experimentado en su propia carne lo que significa ser hijo de Eichmann, se

dirigiera a los demás hijos de Eichmann para advertirles. Seguramente, en un primer momento rechazará esta idea. «¿Un Eichmann para la paz?», se preguntará, «¿para que se *burlen* de mí?». ¿Quién se burlaría, Klaus Eichmann? ¿Quiénes sino los más ruines?

E incluso de tener usted razón, de haber esta gente ruin —que seguramente la hay—, ¿debería *usted* hacer caso de ellos? No, la única respuesta válida, y sobre todo la única respuesta válida frente a estos burlones, sería: «*¡Precisamente,* un Eichmann!». Y mi idea no es en absoluto tan absurda. Pues ya hay ejemplos. Ya se ha dado el caso de antiguos «hijos de Eichmann», hombres que participaron en las monstruosidades de ayer, que ahora, cuando han comprendido que lo que sucedió no debe volver a suceder bajo ningún concepto, se han adherido a nuestro movimiento. ¿Por qué habría de faltarle a usted el valor que tuvieron estas personas para dar este paso? Imagínese qué oportunidad, y no sólo para usted, sino también para nosotros —y esto significa: para todos—, representaría el que se decidiera a hacerlo. Para usted, porque saldría de una vez del círculo infernal de su origen y borraría la mácula que inmerecidamente lleva consigo. Puesto que usted —como ya he subrayado desde el principio— no ha merecido esta mácula, naturalmente tampoco nadie tiene derecho a privarle de borrarla con su burla. Pero, por otra parte, usted tampoco tendría derecho a omitir, por miedo a la burla, ese paso que tal vez apruebe en sus adentros. Y ello tanto menos cuanto que su contribución sería una contribución muy especial, una contribución que podría ser mucho más importante que la que los mejores de nosotros podríamos hacer. Con esto quiero decir que en relación con nosotros, que a fin de cuentas sólo somos hijos de Eichmann en sentido figurado, usted ocupa una posición especial; que usted es una parte del horror; que, si la advertencia contra el mundo de Eichmann saliera de su boca, de la boca del verdadero hijo de Eichmann, el mundo escucharía con el alma en vilo y daría más crédito a lo que usted dijera que si esto mismo saliera de nuestra boca. La maldición bajo la que ha vivido hasta hoy podría transformarse en bendición.

Esto es, pues, Klaus Eichmann, lo que quería decirle para terminar. Usted tiene una oportunidad. Ciertamente, sólo tiene ésta. Pero es una gran oportunidad. Piense bien si usted está dispuesto a dejar pasar la gran oportunidad de su vida.

Suyo,
GÜNTHER ANDERS

P.D.

Estas páginas las escribí inmediatamente después de la muerte de su padre. Bajo el efecto inmediato de este acontecimiento. Si las he guardado conmigo durante tanto tiempo es porque quería tomar distancia con respecto a ellas y porque deseaba estar completamente seguro de haber encontrado el tono adecuado. Usted debía entender verdaderamente la carta como una señal hecha sobre el campo de cenizas. Y quizás incluso poder responder a ella.

Hoy temo que entonces me hice demasiadas ilusiones. Hasta creo que jamás encontraré el tono adecuado para dirigirme a usted. Y, pese a esto, hoy echo la carta al correo. ¿Por qué?

No pese a esto, sino justamente por esto.

Esta mañana he leído en un periódico una noticia sobre usted. Una noticia sobre lo que considero una vileza de su parte. No, yo diría incluso sobre la peor de las vilezas que podría reprochársele: usted ya habría hecho una declaración (hace mucho tiempo, sin duda inmediatamente después de la muerte de su padre). Y ahora hemos de saber, naturalmente, si esta información es verdadera, o si tenemos razones para recusarla.

Ya sabe a lo que me refiero. Pues, si usted ha proferido las palabras que se ponen en su boca, no lo habrá olvidado. Y si no ha sido así, sin duda ha tenido noticia de esta falsa información, ¿Qué ha dicho supuestamente usted?

Que el futuro se encargaría de corregir y purificar la idea de justicia mancillada por la condena de su padre; que el fallo del tribunal no constituiría sino una prueba más del triunfo del dinero judío.

Mancillar.
¿Quién, Klaus Eichmann, fue mancillado por quién?

La justicia
¿Quién, Klaus Eichmann, ha ridiculizado esta palabra?

Purificar.
¿Qué es lo que jamás podrá ser purificado, Klaus Eichmann?
El dinero judío.
Yo hablo de seis millones.

Ya ve usted: ya no puedo seguir manteniendo el tono que había adoptado por respeto a su inmerecido destino y que asimismo me era natural. Ahora he de preguntarle de la forma más directa:

¿Ha hecho usted esta declaración o no?
¿La ratifica o no? Si la ha hecho: ¿la ha revocado o no?
Si no la ha hecho: ¿la ha desmentido o no?

Estas preguntas exigen respuestas igual de directas. Y estas respuestas han de darse no sólo por nosotros (aunque también para nosotros es de gran importancia saber qué podemos esperar de los hijos de los Eichmann), sino sobre todo *por usted.*

Pues, si la información *no* es cierta —cosa que me parece altamente probable—, usted tiene derecho a no dudar ni un momento en «purificarse» de esta terrible «mancha». Hay muchas posibilidades: tal vez la información sea sencillamente una calumnia Tal vez haya dicho usted algo pero sus palabras se han interpretado de otro modo. Tal vez este par de frases se haya deformado hasta lo irreconocible en su viaje a través de la prensa sensacionalista. Tal vez haya caído usted en la trampa de un provocador, y éste haya presentado como su posición programática lo que en un primer momento usted dijo sin pensar.

Pero, incluso suponiendo que realmente haya hecho tal declaración, e incluso de forma espontánea, no sería la primera vez que una vileza surge de un orgullo mal entendido, de una piedad desorientada o de otros buenos impulsos extraviados. Así, por ejemplo, podría imaginarme que usted, aturdido por este hecho, y confundiendo la obstinación con el honor, con la hombría o con su dignidad de hombre, considerara como una cobardía o sencillamente como una traición la idea de distanciarse públicamente de su padre; que usted se sintiera realmente impulsado a manifestar con total claridad que también su honor se había resentido, y que no tenía la intención de abandonar a su padre después de su muerte y tras su difamación. Así hubiera podido empezar todo, el resto habría venido después de forma automática. Es muy posible que su declaración le haya puesto a usted en una difícil situación, de la que ahora es víctima. Pues nada es más difícil que no sentir haber dicho algo después de haberlo dicho. Esto es incomparablemente más difícil que expresar lo que se siente. Hay miles de personas que viven el resto de su vida como si hubieran «dado su palabra» a lo que dijeron en un momento determinado, y que llaman incluso «carácter» a esta servidumbre. Usted también podría encontrarse en esta situación. Tal vez quepa decir también de usted que es realmente solidario con su padre y que se *siente* realmente solidario con él, pero únicamente porque en un momento determinado *expresó* su solidaridad con él.

Asimismo, podría imaginarme perfectamente (pues desde el día de su declaración ha transcurrido ya más de un año, tiempo suficiente, pues, para reflexionar o para asustarse) que ahora usted tiene un presentimiento: que también a usted lo horrible comienza ya a inspirarle un primer horror. Pero que la irrupción definitiva del miedo y de la idea que podría ponerle en marcha todavía requiere su tiempo; que hoy aún no tiene la fuerza suficiente para reconocer los signos que anuncian este cambio de ánimo o para hacer que éste se abra paso. En una palabra: que por fin quiere estar tranquilo, pues la idea de retractarse le repugna tanto y le es tan insoportable como pensar en aquello de lo que *tendría* que retractarse.

Si esto es así, Klaus Eichmann, créame: no puede usted confundir estas dos «cosas insoportables». *Verdaderamente insoportable es sólo lo realmente irrevocable.* Lo que su padre hizo, esto es lo realmente insoportable. Y no sólo

porque no es posible traer de nuevo a la vida a quienes fueron eliminados, sino también porque el hecho de que una vez haya sido *posible* algo así es ya imborrable y se perpetúa como una posibilidad irrevocable. Pero de usted no puede decirse lo mismo. Usted todavía tiene la posibilidad de borrar sus palabras. Efectivamente, en su caso no puede decirse que las puertas se hayan cerrado tras usted, y menos aún de una forma tan definitiva como en el caso de las víctimas de las cámaras de gas. Y por tanto tampoco cabe hablar de insoportabilidad. Insoportable se tornaría usted, tanto para usted mismo como para nosotros, sólo en el momento en que ratificara expresamente sus declaraciones o se negara expresamente a revocarlas. Entonces sin duda alguna. Pero esto depende de usted.

Naturalmente, con esto no quiero decir que las dificultades de un cambio de ánimo de este tipo sean pocas. Todos *nosotros* sabemos perfectamente que para ello se requiere mucho valor, y valor ante muchas cosas: valor ante el propio pasado, ante la propia piedad, ante la propia obstinación, ante la propia vanidad, ante los sarcasmos de los cómplices de ayer. Y que éste sería un valor que, a diferencia del célebre «valor ante el enemigo», nadie podría susurrarle al oído, sino que debería movilizarlo usted solo. Pero no tenemos razón alguna para suponer que le falta valor. Y por eso esperamos.

Y no sólo esperamos un cambio de ánimo. Pues una retractación avergonzada, que tuviera lugar en privado, únicamente en su «interioridad» y que no interpelara a la vez a otros, sería completamente irreal. Lo que se requiere es más bien una retractación pública, una segunda declaración que nos llegara tanto como nos ha llegado la primera. No preciso explicarle por qué es necesaria Ya sabe cuán numerosos son los hijos de Eichmann que ven en usted a su representante, considerándole en cierta forma el «príncipe heredero del mal»; y que éstos van a recibir con total satisfacción el veneno de su declaración y a inyectarlo gustosamente a otros. Esto es lo que usted debe evitar. Y puede hacerlo. Pues precisamente por el hecho de ser un representante, usted tiene poder, un poder cuya magnitud no ha de subestimar. (En el caso de que lo subestimara porque —lo que es bastante raro—se trata de un poder de hacer el bien, o al menos un poder que podría ponerse al servicio del bien, créame, Klaus Eichmann: el bien tampoco es tan ridículo, del mismo modo que el mal tampoco es por sí mismo tan imponente.)

Y, para terminar, unas palabras sobre lo que significaría para nosotros un paso de este tipo. Evitaré palabras solemnes. Pero, aun a riesgo de que usted tome por muelle a quien habla de sentimientos, le revelaré que el día en que supiéramos que hay alguien que ha roto este círculo infernal, alguien a quien ya no tenemos que despreciar, alguien a quien más bien debemos respetar, en una palabra: el día que supiéramos que hay *un Eichmann menos,* ese día no sería para nosotros un día cualquiera. Pues «un Eichmann menos» no significaría para nosotros un hombre menos, sino un ser humano más; no significaría la aniquilación de un ser humano, sino el regreso de un ser humano. O, para decirlo con las palabras de alguien más ilustre: «Éste tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado» (Lucas, 15,32).

Evidentemente, las cosas serían totalmente distintas tanto para usted como para nosotros si decidiera finalmente permanecer mudo e inflexible, reconociendo definitivamente la dictadura de lo que declaró una vez; si permaneciera fiel a su palabra, fuera ésta verdadera o no, buena o mala, con la misma intransigencia con la que su padre fue fiel a la que dio al Führer. Pues en este caso no sólo habríamos de darle a usted nuestro pésame, como hemos hecho al comienzo, sino también a nosotros mismos: por el hecho de que haya alguien como usted. Con esta inflexibilidad probaría que usted no sólo es el hombre al que inicialmente nos habíamos dirigido, ese hombre desdichado que, sin merecerlo, ha de llevar toda su vida el peso de ser *hijo de Eichmann,* sino algo todavía peor: un *verdadero Eichmann;* si no incluso algo aún peor: *el propio Eichmann.* Sí: *él.* Para explicar la conducta de su padre todavía podrían concebirse argumentos, malos argumentos e inútiles para salvar su honor, pero argumentos en definitiva. Todavía podría «aducirse en su favor» la «conjunción» extraordinariamente favorable de su total debilidad y del aparato terrorista totalitario. Ciertamente, podría decirse que para este aparato nada era tan fácil como el hombre que obedecía de tan buen grado, o que era incapaz de no obedecer, o mejor dicho, que veía su honor en la deshonra de la obediencia ciega; nada tan fácil de enganchar, de integrar, nada más sencillo que eliminar sus inhibiciones y hacerle creer en la corrección de todas las funciones posibles. En una palabra: en el caso de su padre todavía habría podido «aducirse en su favor» que en todo lo que hacía se dejaba llevar por esta máquina, y que el perfil de sus actos se fundía con los principios del sistema en el que tenían lugar.

Nada parecido en su caso. Usted no puede excusarse apelando a un aparato de terror por el que habría sido captado o integrado y que fuera el responsable de sus actos. Por más totalitaria que sea esa «máquina mundial» de la que anteriormente hablábamos, la máquina que nos obliga a todos nosotros, los hombres de hoy, a funcionar como piezas mecánicas, no puede decirse en absoluto que ésta le haga o le obligue a expresarse como usted lo ha hecho. Lo que se ha mostrado es, a la inversa, que a esta máquina, preocupada por su buena reputación y por su impecable funcionamiento, lo que más le importa es presentarse exteriormente como una máquina de un orden completamente distinto a la de su padre, y que por esto se distancia del modo más enérgico de esta última. La oportunidad de decir la verdad sobre su padre es algo de lo que hoy ninguno de nosotros se ve privado; tampoco usted, independientemente de cuán dudosos puedan ser los motivos de quienes nos conceden esta libertad. Si usted renuncia a esta oportunidad de la verdad, o si incluso prefiere despreciar abiertamente el juicio dictado sobre su padre, esto lo hace usted como individuo, por su cuenta y riesgo. Aquello que aún cabía decir de la naturaleza de su padre, a saber: que coincidía con los rasgos característicos del mundo en el que surgió, no cabe decirlo de usted. Los argumentos que aún se creyó tener derecho a utilizar en relación con él, en relación con usted perderían incluso su última apariencia de legitimidad. Piense usted, Klaus Eichmann, lo que significaría esto. Y no sólo para usted. Quizás algún día tenga usted un hijo. ¿Qué actitud va a adoptar él hacia su padre? ¿Podrá defenderle a usted como usted intenta defender a su padre? ¿Podrá encontrar alguna justificación para su actuación? ¿Cuál? No, no le quedará otro remedio que conocer su vileza, avergonzarse de usted u odiarle por haberle hecho

cargar toda su vida con el peso de ser un tercer Eichmann. ¿Es esto necesario? ¿Es preciso que esto continúe? ¿O acaso no sería mejor romper hoy mismo esta cadena, ahorrándole a él y a sus hijos esta maldición?

Lo sé: esta exhortación a la deslealtad, el requerimiento: «Reniega de tu padre», suenan terribles e inhumanos. Pero esta falta de humanidad *no es* culpa nuestra Es más bien la consecuencia de una situación que, sin que sea culpa suya ni culpa nuestra, está tan cargada de culpa que en ella cualquier otro consejo sería aún más inhumano. Pero si usted consigue librarse de todos los prejuicios y seguir esta exhortación a la deslealtad, su paso puede convertirse en un acto de lealtad: de lealtad hacia las generaciones venideras. ¿No merece también la pena?

G. A.

Segunda carta a Klaus Eichmann: Contra la indiferencia

Abril de 1988

Veinticinco años han transcurrido ya, Klaus Eichmann, desde que me dirigí a usted por primera vez, en vano, desgraciadamente, en aquella ocasión. Mientras tanto, usted se ha convertido en un hombre adulto, y puede que ahora el destinatario de mi carta ya no tenga nada que ver con aquel joven; seguramente hoy he de dirigirme a usted como «Señor Eichmann», algo que, en verdad, me cuesta hacer, pues esta fórmula civilizada e inofensiva no se aviene muy bien con el asunto del que hoy quiero volver a hablarle.

Es posible que el tono de esta segunda carta ya no sea tan cordial como el de la primera. Al fin y al cabo, en aquel tiempo veía en usted a una persona no del todo adulta, a una persona, ésa era mi esperanza, todavía moldeable; por mi parte, en aquel tiempo todavía me hallaba en plena posesión de mis fuerzas; ahora, en cambio, es usted el adulto, y yo un hombre muy mayor cuya voz tal vez consiga penetrar en sus oídos, pero no en su corazón. Finalmente, el cambio de tono también tiene que ver, naturalmente, con el hecho de que entonces usted no se dignó a responder directamente a mi primera carta. Este «no», entre tanto, no se ha atenuado, sino que se ha convertido hace tiempo en un «nunca», del que en verdad —y esto forma parte de este «nunca»— usted ya no se acordará; un «nunca» que yo, por el contrario, percibo cada día porque, mientras tanto —esto es algo que tal vez usted sepa sin necesidad de que yo se lo diga—, el número de hijos de Eichmann sordos y que se hacen los sordos ha aumentado espantosamente, y sigue aumentando día a día.

No sé cuál es actualmente su paradero ni a qué se dedica, ni siquiera sé si está todavía entre nosotros, cosa que naturalmente deseo, pues a mí, a diferencia de los «Eichmann», no me deja indiferente la muerte de ninguna persona. Así pues, espero que también esta segunda carta llegue, del modo que fuere, a sus manos. Y que comprenda, ahora que la edad le ha acercado más a mí, que mi carta de entonces (como la de hoy) no era una intromisión indiscreta en su esfera privada El plural «los hijos de Eichmann», del que entonces me servía, podría ya haberle hecho comprender claramente que para mí usted sólo era un *ejemplo,* un ejemplo importante y triste al mismo tiempo; y que entonces yo hablaba de un destino ante el que usted personalmente no podía hacer nada Y este «no poder hacer nada» lo entendía en tres sentidos:

1) en el sentido de que usted no era en absoluto culpable de la situación mundial que había hecho de su padre un monstruo burocrático y

2) en el sentido de que usted no era responsable de su padre; que, por lo tanto, el principio de «corresponsabilidad familiar», que él adoptó irreflexivamente, al igual que el resto de principios nazis, no puede aplicársele a usted, como tampoco debería habérsenos aplicado a nosotros. Pero, después de que yo le sugiriera distanciarse de su padre, usted, como era comprensible dada la total desorientación moral en la

que cayó, tomó partido por la familia. Naturalmente no por la corresponsabilidad familiar. Pero sí por su análogo: *por la absoluta lealtad a la familia; no por la coculpabilidad, sino por la coinocencia.* Es decir: usted, que es ciertamente inocente, declaró entonces estar de acuerdo con su padre, pese a la terrible implicación de éste en lo sucedido, que yo volví a hacerle ver; y probablemente usted obró así para volverle *coinocente* a través de esta lealtad filial —una tentativa absurda—. (Pero naturalmente su inocencia, Klaus Eichmann, no es contagiosa, y aún menos retroactivamente contagiosa.) E incluso, invirtiendo los términos, usted llegó a defenderlo por considerarlo una *víctima,* una víctima de quienes habían sido sus víctimas; o de los parientes y amigos de las víctimas de su padre, que están en vida porque casualmente consiguieron escapar. Puede sonar terrible, Klaus Eichmann (como también me suena a mí), pero aún hoy, después de veinticinco años, he de repetir lo que en aquel tiempo exigí sirviéndome de una formulación más suave:

La verdad debe triunfar sobre los tabúes, sobre todos los tabúes. También, por tanto, sobre el carácter intocable de los padres.

El mandamiento «¡Honrarás a tu padre y a tu madre!» —por lo demás, un mandamiento judío arcaico, que también usted aprendió en su infancia— no es válido en todas las circunstancias. No cuando los padres son o han sido ignominiosos. Usted puede acordarse de ellos o de su ignominia con tristeza, esto sí. Pero honrarlos o defenderlos porque fueron sus padres, esto no. Seguramente usted dirá que esto equivale a «ensuciar el propio nido». *Pero quien dice no a la suciedad del propio nido no ensucia el nido, sino que lo limpia.*

3) Éste era el segundo punto. El tercero se refiere a su reacción de absoluta incomprensión, por decirlo de la forma más cortés, a mi primera carta, reacción de la que sólo sé algo indirectamente. Pero precisamente el hecho de que usted no me respondiera personalmente demuestra su incomprensión. Usted hubiera podido darse cuenta de que no esgrimía mis argumentos como reproches personales, puesto que me servía de la expresión «Nosotros, los hijos de Eicnmann», con la que mostraba claramente que me *dirigía y me refería a usted como uno de nosotros; y* a nosotros, a todos nosotros sin excepción, como seres humanos como usted: como seres a los que podría ocurrirles algo similar a lo que le ocurrió a su padre, esto es, participar en el horror, porque tampoco nosotros nos lo representamos realmente y por esta razón

«no sabemos lo que hacemos».

Esta expresión también la conoce usted por la escuela, está en el Evangelio de san Lucas; se trata de una expresión de Jesucristo, que, evidentemente, en relación con nuestra situación eichmanniana ya no es válida en el mismo sentido que le dio Jesucristo. Pues Jesucristo fundamentó su ruego a Dios por el perdón de los pecados de los seres humanos aduciendo la ignorancia de éstos. *Hoy, por el contrario, es la ignorancia* (de lo que podríamos saber, o

mejor dicho, de lo que no podemos de ningún modo no saber) lo que constituye *la falta misma.* Esto es válido sobre todo cuando nos negamos expresamente a saber lo que hacemos (lo que es válido en el caso de su padre y, veinticinco años atrás, seguramente también en el suyo); o cuando nos negamos expresamente a saber realmente lo que en el fondo presentimos.

El término freudiano «reprimir» apunta ya a algo similar. Pero todavía no encierra toda la verdad de hoy. Pues *que la «represión» sea exactamente tan ignominiosa como lo «reprimido»; y que la represión opera frecuentemente no sólo después de la acción, sino en la acción misma, durante la acción, o mejor dicho, antes de la acción,* en tanto que su verdadera condición, *esto apenas hubiera podido saberse en la época de Freud, y* tal vez tampoco había necesidad de saberlo todavía Hoy, en verdad, esto ha de ocupar un lugar central. También su padre debería haberlo reconocido y expresado ya en el proceso de Jerusalén. Por no hablar de usted, en 1988.

Así pues, hoy es usted, señor Eichmann, un hombre adulto que tal vez haya relajado su obstinación juvenil y superado también el miedo a la «deslealtad» hacia el padre (muerto hace ya un cuarto de siglo y convertido en un extraño). Si, como espero, ha logrado usted hacerlo, este paso sería hoy incluso más necesario que entonces, y así entro en otro de los motivos de ésta mi segunda carta. Pues, entre tanto, aquí, en la República Federal de Alemania y en Austria, el área más extensa del antiguo territorio nazi, la mentalidad política y moral ha evolucionado radicalmente, más exactamente: ha involucionado, y de forma tan radical como nadie hubiera podido predecirlo veinticinco años atrás. Tampoco usted. De hecho, en caso de ser usted el mismo de antes, tendría todas las razones para celebrarlo. Pues, en el ínterin, ha encontrado usted —mejor dicho, *ha ganado a modo de suplemento*— un gran número de aliados. Con esto quiero decir que los individuos a los que me refiero *no son solamente viejos nazis,* colegas de su padre, *sino también,* e incluso fundamentalmente, *nuevos* nazis; si no nazis que operan estrictamente al estilo nacionalsocialista, sí son hombres que restan importancia a «Auschwitz», que incluso lo niegan y ridiculizan. ¿De quiénes hablo?

De esos cientos de miles de contemporáneos que, si bien en la época de su padre o todavía no habían nacido o aún eran unos niños, ahora, en parte por cobardía, en parte por un orgullo nacional mal entendido (por indignación o por vergüenza de que se les «exija» avergonzarse de parte de «su» pasado, o al menos distanciarse de él), ahora, cuarenta y cinco años después, se niegan a representarse y a creerse los terribles hechos de esos padres; o que dicen de ellos (lo que equivale claramente a reconocerlos tácitamente) que son hechos «no tan infrecuentes en la historia»; o que, finalmente, defienden según la ocasión —pues hacen caso omiso de la lógica— una versión u otra, y así, por ejemplo, a las siete de la mañana *niegan* Auschwitz, y a las siete de la tarde declaran que, comparado con las sangrías causadas por otros pueblos en siglos pasados, Auschwitz es «un caso más», quitándole así importancia, con lo que, como ya he dicho, lo reconocen indirectamente.

Hablo de esos contemporáneos alemanes y austríacos que se persuaden a sí mismos, y entre sí, de que nuestro ruego de no olvidar el pasado (para que así

no se repita) equivale indirectamente a reprocharles una «culpa colectiva». Ahora bien, *este término no tiene sentido alguno.* Ciertamente, recién finalizada la guerra, cuando fue conocido el maquinal exterminio masivo; cuando se hizo evidente que no pudo haber ningún alemán que no supiera nada de esto; cuando el tratamiento teórico y la elucidación de lo acontecido todavía no podía haber comenzado del modo deseable; ciertamente, en esa época, hace más de cuarenta años, pudo utilizarse este término absurdo, por ejemplo en EE.UU. Pero, desde 1950, no se lo encontrará ya en boca de ninguna persona seria: ni en quien llora a sus muertos, ni en ningún autor, historiador o político dignos de este nombre. La pervivencia de este término constituye, como comprobará usted inmediatamente, un fenómeno muy extraño. *En efecto, este término no pervive gracias a nosotros,* que incluso lo consideramos un absurdo, aunque todos, como ya le escribí hace veinticinco años, corremos el peligro de actuar como unos «Eichmann» o, si lo prefiere, de caer en una «culpa colectiva». Pero nosotros, los que nos libramos por casualidad, evitamos por principio utilizar esta dudosa expresión. *Son únicamente ustedes,* cientos de miles de los suyos, quienes *la mantienen en vida* obstinada y celosamente. De hecho, ustedes se comportan como si nosotros les reprocháramos constantemente una «culpa colectiva». Y si se comportan así, es *porque ustedes* —sí, ustedes, no nosotros—*necesitan este concepto.* Y lo necesitan *porque desean tener ocasión de recusarlo, y poder legitimarse a través de esta recusación. De no existir esta palabra, ustedes la inventarían para poder combatirla.* Del mismo modo que, de no haber existido los judíos, nos habrían inventado, e incluso fabricado, para así poder perseguirnos y eliminarnos. Esta comparación es más que un simple paralelismo, porque en ambos casos está presente *la táctica típica del antisemitismo, que necesita de los judíos porque éstos procuran el alimento indispensable a su sed de odio.* En una palabra: su gente de aquí, *los hijos de Eichmann de hoy, viven en la creencia de que nosotros elevamos permanentemente contra ellos la acusación que los deslegitima. Necesitan este reproche para, demostrando su falsedad, poder probar su inocencia.* Indudablemente ninguno de ellos podría nombrar a autores serios que hayan vertido esta acusación, pues no existen. A lo sumo tenemos a Morgenthau: ciertamente, él pudo haber empleado la expresión *collective guilt,* pero de esto hace ya más de cuarenta años, y ninguno de ellos conoce su discurso en esta materia. Por otra parte, Morgenthau fue un político, no hay que tomarlo en serio como teórico, y en verdad no puede sorprender que las aproximaciones que hiciera inmediatamente después de tener conocimiento de Auschwitz no dieran exactamente en el blanco. En cambio, *sus aliados de aquí conocen la expresión «culpa colectiva» únicamente porque su insuficiencia les parece útil, puesto que pueden combatirla.* Esta lógica no es desconocida, nos es familiar por la historia del antisemitismo, cuyo lema secreto, de poder formularse, diría así:

«Combato a los malvados, luego odio a los malvados, luego hay malvados».
o bien
«Combato algo, luego *existe.»*

En una palabra: *sus aliados de aquí y de ahora necesitan y aman el reproche de «culpa colectiva». Si no supusieran su existencia, les faltaría algo: su honor.*

A esto se añade, finalmente, el hecho de que, poniendo en tela de juicio la tesis supuestamente defendida por nosotros, tienen la oportunidad de *transferirnos su culpa a nosotros, los supervivientes, esto es: de dejarnos como mentirosos.* De este modo, si lo creen conveniente, no dudan en hacer un mal uso del Sermón de la montaña, señalando que, mientras que ellos hace tiempo que nos habrían *perdonado, nosotros, las víctimas* (la mayoría de las veces judíos, naturalmente), *nos mantendríamos de forma típica totalmente irreconciliables, o mejor dicho, sedientos de venganza. ¿Quién,* le pregunto, *ha asesinado a quién?* (Esta pregunta parece todavía demasiado moderada, pues suena como si un individuo hubiera matado a otro.) *¿Quién tendría,* pues, *que perdonar algo a quién?* Si es que puede rogarse «perdón» por una atrocidad tan inconcebible como lo es la producción de seis millones de cadáveres. O si es que puede accederse a un ruego así. *¿No nos hallamos aquí más allá de los límites de lo perdonable?*

Tal vez asienta usted, señor Eichmann. Los minimizadores profesionales del horror, desde luego, no. En vez de asentir, se comportan —lo que ante hechos como éstos es sin lugar a dudas absolutamente imperdonable— como zorros: dando la vuelta astutamente al asunto, *transforman su firme rechazo de la tesis de la culpa colectiva* supuestamente defendida por nosotros (en realidad son ellos quienes la ponen en nuestra boca):

«Todos los *alemanes son culpables»* en esta tesis negativa:
«Ningún alemán se ha hecho culpable».

Esto es: utilizan la falsa universalización para *unlversalizar la inocencia misma.*

De esta astuta maniobra a la afirmación de que Auschwitz no existió en absoluto y de que, por tanto, nosotros nos hacemos culpables por el simple hecho (da vergüenza escribir esto) de afirmar algo que es mentira, la así llamada «mentira de Auschwitz», sólo hay un paso. Naturalmente no sé, señor Eichmann, si usted comparte este cinismo sin igual para con los asesinados y los pocos supervivientes; esta «profanación de cadáveres mediante la negación de su existencia» que los asesinos y sus hijos se permiten; y que tal vez pueden permitirse porque evidentemente ninguna víctima de asesinato se ha presentado jamás en calidad de «asesinada». «Lo que no está presente resulta siempre invisible.» Como le digo, señor Eichmann, ignoro si también usted, pues estará hasta la coronilla de oír hablar de todo este asunto y ya no podrá oír la palabra «Auschwitz», si también usted ha asumido la expresión ignominiosa «mentira de Auschwitz» y la ha empleado sin pensar. En cualquier caso, aquí en Europa hay miles que, hartos de oírla, exigen impacientemente y reclaman terminantemente su derecho a que pongamos punto y final a nuestra «mirada encolerizada al pasado». Y entre los que exigen esto, como ya le he dicho al principio, también hay intelectuales, investigadores, historiadores universitarios que, en efecto, no ponen directamente en tela de juicio la «labor de oficina» realizada por su padre y por empleados del exterminio menos representativos; naturalmente, estos historiadores académicos no se exponen a un ridículo de este tipo, que provocaría sarcasmos a nivel internacional. Pero transforman el horror que su padre puso en marcha desde su despacho, o que al menos dirigió, en un caso más. Y lo hacen señalando continuamente, o

mejor dicho, sistemáticamente, otras masacres masivas perpetradas en épocas pasadas, subrayando no sólo que hechos de este tipo, aunque menos perfectos desde un punto de vista técnico, los ha habido siempre, sino también que la historia de la humanidad no sería lo que es sin tales crímenes en masa —una versión que convierte prácticamente a tales crímenes en una componente indispensable del pasado—; pero, sobre todo, subrayando que en el pasado más reciente pueden hallarse prototipos de Hitler (y así también de su padre), asesinatos masivos de seres humanos, refiriéndose fundamentalmente a los millones de muertos y gentes asesinadas bajo Stalin. El que la masa de víctimas, que asciende a millones —así se ha «argumentado» (si es que a esta argucia puede llamársele «argumento»)—, perteneciera a una clase (como en el caso de Stalin) o a una raza (como en el caso de Hitler), vendría a reducirse a una simple diferencia de sílabas; dicho brevemente: la casualidad de que las tres palabras «masa», «clase» y «raza» rimen entre sí[5] ha servido abusivamente como demostración de la semejanza, e incluso identidad, de dos acciones absolutamente incomparables.

No niego que en la Unión Soviética haya imperado durante décadas un terrible régimen coercitivo, un régimen de terror, cuya existencia no ha podido sino dejar perplejas a gentes de «izquierda» como a mí; y ello tanto más profundamente cuanto que, de haber equiparado desde el punto de vista moral ambas dictaduras (como nos ha sugerido durante décadas el canto de las sirenas de los oportunistas políticos) y de haberles puesto una misma etiqueta («totalitarismo»), nos hubiéramos situado en un mal frente. A usted, señor Eichmann, probablemente todo esto no le sonará a nada, no sólo porque es algo muy lejano en el tiempo, sino porque aparentemente nada tiene que ver con las condiciones y experiencias de su propia vida, de su vida de posguerra. Quizás al leer estas palabras mueva usted la cabeza en señal de desaprobación. De ser así, lo comprendería, pues sé cuán difícil puede ser para las víctimas de la misma crisis mundial comprenderse mutuamente cuando han pertenecido a campos contrarios.

Volvamos, pues, a argumentos que le serán más familiares, aunque en verdad son igual de impúdicos y a las personas dispuestas a comprender les suenan necesariamente a puro delirio. El primero de ellos dice así:

Hitler y los suyos, luego también su padre, no habrían procedido por sí mismos de forma bárbara, propiamente hablando no habrían actuado en absoluto, sino sólo reaccionado a la barbarie. Su propósito habría sido *evitar* que se propagaran en Europa los exterminios bolcheviques; y velar para que el mundo permaneciera «a salvo» *[heil].* Escuche usted bien, por favor, esta palabra solemne tomada del cristianismo, escuche esta sílaba, impuesta primero como un saludo y después pronunciada mecánicamente en el sacrílego *Reich* milenario, el *Reich* de la sanguinolenta desgracia [*Unheil];* esta palabra que también usted habrá empleado de niño, seguramente de forma absolutamente inocente; y que los encargados de los asesinatos en masa se gritaban los unos a los otros, sin sobresalto alguno, en los campos de exterminio, o incluso empleaban para dirigirse a sus víctimas. Por favor, señor E., intente percibir este cinismo, aunque sea con décadas de retraso. *«¡Barracón 13, enfila hacia la ducha! ¡Heil, Hitler!»* ¿Ha escuchado usted la llamada? Entonces quizá

comprenda, aunque sea unas décadas demasiado tarde, como he dicho (pero para algo así nunca es demasiado tarde), por qué me he decidido, veinticinco años después, a volver a escribirle.

Recuperemos el tema que hemos dejado por unos instantes: las excusas faltas de verdad con las que comentaristas políticos e incluso historiadores y especialistas en ciencias políticas tienen hoy el valor de justificar las atrocidades de los padres.

Éstos han inventado la versión de que Hitler *no* habría considerado ni «llevado a cabo» su exterminio masivo *como una acción espontánea, sino* sólo —lo que evidentemente acaba equivaliendo a una defensa— *como una reacción,* como una simple respuesta, como un *fenómeno de eco.* Efectivamente, pocas han sido las agresiones cometidas en los dos últimos siglos que no se hayan colgado a sí mismas la etiqueta de «defensivas». Pero Hitler y sus Eichmann (éste es el intento o la propuesta de los historiadores en la llamada «Disputa de los historiadores» *[Historíkerstreit],*[6] surgida entre éstos hace dos años en relación con la posibilidad de explicar la singularidad o la «normalidad» de los exterminios masivos en los campos de concentración nazis), Hitler y sus Eichmann, dicen, en cierto modo habrían ido más allá de lo que hasta ahora se creía en lo concerniente a su engaño de sí mismos y de los demás: es posible que estuvieran convencidos del delirio de *tener que imitar a los* (supuestos) *primeros agresores,* a los primeros exterminadores. Sus exterminios no habrían tenido otra meta sino prevenir la propagación de los (supuestos) exterminios masivos que se habían desencadenado y seguían desencadenándose en la Unión Soviética, es decir, prevenir la propagación de la «barbarie bolchevique» en el «corazón» de Europa; con el fin de evitar estas atrocidades —mi pluma vacila al escribir esta insensata justificación, esta impudicia—, también ellos las habrían cometido. Así pues, habrían *imitado atrocidades para cometer atrocidades.*

¡Señor Eichmann, intente evaluar objetivamente por un instante este argumento!

Esta «imitación» —en la que no queda claro *qué* es propiamente lo que Hitler debió de haber imitado, tan fundamentalmente distintas son ambas «acciones»—, esta «imitación» ¿habría podido entenderla y ponerla en marcha Hitler, y así también su padre, como un «antídoto»? ¿Sería por ello tal vez menos culpable su barbarie, y la de los Eichmann? ¿O incluso meritoria? ¿Al menos a los ojos de Hitler y de su padre, pues antes que ellos hubo otros bárbaros? ¡Vaya argumento, señor Eichmann! Poco importa que este argumento proceda de Hitler, lo haya utilizado su padre o sea una invención de los historiadores de hoy (quienes lo «interpretan», esto es: lo defienden).

¿No podría justificarse, con un argumento como éste, todos los crímenes sin excepción? ¿Y todo criminal sin excepción? ¿No implica dar vía libre a todo y a todos?

A esto se suma el hecho de que, en verdad, en el caso de Hitler y de su padre no se trató de acciones en eco, de la repetición de las atrocidades cometidas

por otros. Ciertamente, en la Unión Soviética de Stalin millones de personas perdieron la vida del modo más miserable o fueron asesinadas del modo más horrible, pero sin recurrir a una justificación programática, filosófica o «moral». Es cierto —lo cual fue bastante horrible— que durante años Stalin permitió que se produjeran innumerables víctimas. Sin embargo —y no tenemos derecho a ocultar esta diferencia—, o *Stalin jamás se le ocurrió la idea de una aniquilación industrial de masas humanas, o más exactamente, la idea de una producción sistemática de cadáveres, tal como Hitler y su padre hicieron realidad.* Ni uno solo de los historiadores alemanes que, adoptando un punto de vista parcial, han participado en la «Disputa de los historiadores», ha osado imputar a Stalin algo similar; en una palabra: aquello ante lo que Hitler supuestamente reaccionó, aquello que supuestamente imitó, no existió en absoluto.

¿No es odioso, señor E, *lo que* aquí comparamos? ¿Lo que hemos de comparar? ¿Y que incluso hayamos de preferir *una* de estas dos atrocidades por considerarla menos mala que la otra? Aunque en ambos casos se trate de cosas tan irrepresentables que repugna servirse de una contra otra.

Desgraciadamente, hemos de hacer que nuestra reflexión dé un último paso. No tenemos derecho a callar que, en realidad, Hitler y su servil empleado no surgieron en absoluto como vengadores, que no se dirigieron en absoluto contra los supuestos responsables de los asesinatos masivos en la Unión Soviética; que su objetivo no era, pues, castigar a los culpables. Las masas humanas que ellos eliminaron no habían tenido nada que ver con los crímenes masivos imputados a los bolcheviques. Quienes fueron exterminados en Auschwitz por su padre y por los hermanos de Eichmann eran *judíos.* Todos los que, sin distinción, cayeron en sus manos. Luego los judíos. Luego *nosotros,* los judíos. Sí: *nosotros.* Como le conté hace ya un cuarto de siglo, también yo soy judío. Si no caí en sus manos, fue por pura casualidad. Por eso, en cierto modo, le hablo en nombre de quienes no pudieron escapar de su padre. Desgraciadamente, sólo «en cierto modo», pues los muertos no pueden confiar ninguna misión. Sin embargo, nosotros tenemos el deber de cumplir también aquellas misiones que no se nos han confiado.

Pero volvamos a nuestro *asunto:* jamás antes en la historia, salvo quizás en los antiguos pogromos, ha existido una distancia tan grande entre el supuesto *motivo de venganza* y la *víctima* real *de la venganza.* Entre quienes (supuesta o realmente) eran merecedores del castigo y aquellos que fueron primero juntados y después eliminados por Hitler y su padre, *no existía relación alguna,* y aun menos identidad.

Así pues, los judíos. Pero, posiblemente, a su padre le era completamente indiferente que aquellos cuyo itinerario mortal él debía trazar diariamente, como quien resuelve a la ligera un crucigrama, fueran precisamente judíos. Probablemente, cualquier otro grupo le hubiera valido exactamente igual. No fue mezquino: en su generosidad, en su justicia, aceptó como material de combustión y de las cámaras de gas tanto a gitanos, homosexuales y prisioneros de guerra inservibles como a los nuestros, aunque nosotros éramos el combustible preferido.

Esta total *indiferencia* o «generosidad» *hacia su «material de juego»* y hacia los resultados finales de sus pasatiempos burocráticos es, como en mi primera carta, aquello a lo que yo quería llegar. Pues sólo ella convierte su «acción» —en vano busco un adjetivo adecuado, pues adjetivos como «temible» o «terrible» resultarían aquí anodinos—, sólo ella la torna completamente eichmanniana. No hay peor lema que el del verdugo supuestamente «justo» de Molusia:[7] «A mí me valen todos, y en igual medida». Y éste fue el axioma que, si bien ciertamente jamás se hizo explícito, su padre siguió de forma obvia.

«Este lema no fue únicamente el de mi padre», quizá replique usted. Y no iría tan desencaminado. Pues, en verdad, este lema es también hoy —no oso decir «todavía hoy», pues esto sonaría como si se tratara únicamente de un resto de antaño—, el lema de millones de individuos. De no ser así, su padre hubiera sido un caso patológico, carente de interés, un caso que no merecería que lo tomáramos como tema. Si hablo de él, es únicamente porque su lema no es un caso único. Sólo su uso generalizado y obvio para cualquiera vuelve este lema tan funesto. No fue por capricho si, en mi primera carta, hace veinticinco años, me referí a todos nosotros, generalizando, como «hijos de Eichmann».

Pues realmente, cualquiera que sea nuestra actividad, todos nosotros —no sólo los individuos totalmente dependientes que, situados en los peldaños inferiores de la escala social, no saben (no deben ni pueden saber) «qué hacen», esto es: cuáles son los efectos de su acción, qué «causan»—, realmente todos nosotros tenemos en común con su padre esta «indiferencia». Si tiene algún sentido calificar *«al» ser humano de «pecador»* (como hace el cristianismo, al que usted, a diferencia de mí, pertenece), *hoy esta pecaminosidad sólo puede estribar en esta su indiferencia hacia los efectos indirectos de su acción, en este no-saber aceptado de buen grado. El «pecado» consiste hoy en el aprovechamiento de nuestra ceguera ante los efectos de nuestra acción. Consiste en nuestra ceguera voluntaria ante ellos. Y, finalmente, en que fomentamos o engendramos esta ceguera en los demás; o en el hecho de que no la combatimos. Por sí mismo, esto ya es pecado.* El hecho de que nadie: ningún amigo, ninguna mujer (sin duda, tampoco su madre), ninguna institución, ni siquiera la que pretende ser competente para juzgar sobre el bien y el mal, le reprocharan a su padre que caía en el pecado; *esta omisión universal es también,* naturalmente, *un pecado;* no: *no «un» pecado, sino todo un sistema de pecados.*

Otra cosa más sobre la indiferencia de su padre.

Como he dicho, a él le era completamente indiferente a quién mataba, a quién conducía a las cámaras de gas y reducía a cenizas, ya se tratara de mujeres judías de Holanda, de estibadores de Salónica, de mineros de Katowice, o de niños gitanos de Eslovaquia.

Tener esto en cuenta, hacer distinciones en la determinación de las víctimas, le hubiera parecido mezquino y demasiado puntilloso, comparado con la profunda seriedad y la grandiosidad del objetivo político de mil años, a cuya realización se le «permitía» contribuir. En ningún caso habría sido asunto suyo, ni de «su»

competencia. Como no tenía absolutamente nada que ver con sus potenciales víctimas, cuyo «destino» estaba en sus manos; como todas ellas le importaban lo mismo, es decir, absolutamente nada; *como no se representaba la muerte de ninguno de los seres humanos* que él organizaba, y por tanto causaba, *no era en absoluto escrupuloso en su trabajo. Y en esto consistía su pecado.*

Como quizá sepa también usted, señor E., para nosotros el súmmum de aquella época de terror fueron siempre las llamadas «selecciones» que tenían lugar en el andén de Auschwitz-Birkenau, donde se dividía en grupos a los que allí llegaban: a la derecha, los que eran conducidos inmediatamente a las cámaras de gas; y a la izquierda, los que eran enviados a los barracones, bestias de trabajo útiles por un breve lapso de tiempo.

Ahora bien, *su padre,* señor E., *jamás seleccionó.* Jamás. Para él, todos los seres humanos sobre cuyo destino disponía arbitrariamente eran, en igual medida, *morituri.*

Luego, *en igual medida, cadáveres en potencia.*

Mejor dicho: puesto que los hacía quemar, eran, *en igual medida, cenizas en potencia.*

O mejor: puesto que ordenaba esparcir sus cenizas sobre los campos de Auschwitz, eran, *en igual medida, abono en potencia.*

O todavía mejor: como este abono desaparecería en el suelo, eran, *en igual medida, nada en potencia.*

Lo siento, señor E., usted no es el responsable de este lenguaje hiperbólico. Sino aquel de quien tiene la desgracia de ser hijo. Pero, si ha comprendido mis últimas afirmaciones sobre su padre, ¿puede encontrar todavía el menor motivo para solidarizarse con él y tener piedad de él? ¿Y cree que debería hacerlo?

Naturalmente, su padre no hubiera podido comprender ninguna de estas ideas, o no hubiera debido. Su infamia —lo siento, he buscado otras palabras, pero resultaban totalmente inadecuadas—, su infamia le llevaba, o al menos esto le resultaba extraordinariamente practico, a considerar culpables, a hacer culpables a aquellos a quienes hacía matar o a quienes mataba (pues este «hacía» es evidentemente una «acción»). *En la «lógica de la infamia» toda atrocidad propia se presenta como un «castigo». Y este «castigo», a su vez, se presenta fundamentalmente como la prueba de una culpa, la demostración de la culpabilidad del «castigado».*

También por esta razón su padre identificaba a sus víctimas (casi siempre nosotros, los judíos), cada vez que lograba (hacer) que nos descubrieran y nos encerraran, con los «asesinos bolcheviques»: *para dar supuestamente con ellos cuando nos castigaba a nosotros.* De esto ya hemos hablado anteriormente. Y como no se arredraba ante las contradicciones (no tenía por qué hacerlo, pues hasta ahora las contradicciones jamás han molestado a los

demagogos y a su público), fue tan lejos que llegó incluso a separar a «los judíos» y, al mismo tiempo, a *identificarlos con «los capitalistas»,* con lo que logró adular al proletario alemán.

Así pues, Hitler y su padre vieron siempre en cada judío, además de un «bolchevique manchado de sangre», un «banquero internacional» que practicaba la usura y «chupaba la sangre al pueblo alemán», es decir, una aleación de Marx y Rothschild.

Éste es el doble papel que los judíos desempeñábamos a los ojos de su padre (en la medida en que éste, extremadamente atareado en el cumplimiento diario de su deber burocrático de liquidación, podía sacar tiempo para representarse la cantidad de cadáveres que tenía que producir diariamente). Ante estas palabras quizá piense usted: él no era tanto un ser totalmente malvado cuanto un ser *totalmente irreflexivo.* Pero el reconocimiento de esta irreflexión no puede significar absolución alguna de su maldad; al contrario, la *maldad consiste precisamente en esta irreflexión.*

Sea como fuere, ¿cree usted, señor E, que es posible seguir solidarizándose impunemente, o digamos «sin perjuicio», con un hombre que ha desempeñado irreflexivamente día tras día esa profesión y que jamás fue llamado al orden?

¡Si alguna vez lograra arrancarle un no!

Antes de que, tras éste mi segundo intento, y quizá sin haber conseguido en absoluto llegar a sus oídos, le deje definitivamente —no puedo dedicar exclusivamente a lo que fue Auschwitz el escaso tiempo que, dada mi avanzada edad, pueda quedarme, sino que he de aprovecharlo para ayudar a evitar futuros Auschwitz—, antes de despedirme de usted, pues, unas últimas palabras sobre esos contemporáneos suyos que viven aquí, en Austria y en Alemania, que hoy ocultan, y hasta ponen en cuestión, el carácter inédito y único del asesinato de millones de personas, con el propósito de impedir que en su pasado nacional, con el que desean identificarse íntegramente, se abra un inmenso abismo en el que pudieran precipitarse en su intento de recorrerlo como un pasado normal mediante el recuerdo y la narración.

Pues bien, entre sus contemporáneos de aquí, hoy ha encontrado usted algunos aliados muy selectos, incluso profesores, que comparten algo con usted —o usted con ellos—. Pues cuando éstos, en la llamada «Disputa de los historiadores», que permanece abierta desde hace algunos años, mantienen sin cesar que, a fin de cuentas, en épocas pasadas también hubo algún que otro genocidio, o mejor dicho, que siempre los hubo, aunque ciertamente menos «hábiles» desde un punto de vista técnico, evidentemente están negando lo que ocurrió en los campos de concentración bajo la dirección de su padre, aun cuando no lo hagan de forma tan tosca como los amantes de la fórmula «la mentira de Auschwitz». ¡Menudos aliados tiene usted en estos universitarios!

Para finalizar, quisiera dejarle el argumento que emplean quienes creen poder justificarse a sí mismos o a otros razonando de este modo: *«Si no lo hago yo,*

lo hará otro. Puesto que el resultado sería el mismo, ¿por qué no habría de hacerlo yo?», un argumento corriente entre todos los irresponsables, como por ejemplo entre los empresarios o los ministros que favorecen la exportación de armas.

Yo le pregunto, señor E.: ¿tiene alguien derecho a ensuciarse las manos (y lavárselas después) porque, en caso de abstenerse, será otro quien se las ensucie? ¿Porque tener las manos limpias, independientemente de la pérdida que esto pueda suponer, sería *«inútil»? ¿Justifica la posibilidad o la realidad de que otros se ensucien las manos el que uno se las ensucie? ¿Es uno mejor por el hecho de que los otros no sean mejores?*

¿O no se debe, no debemos, más bien intentar evitar en lo posible que otras manos se ensucien?

Esto es válido, pues, para el juicio que usted haga de su padre. Jamás podemos defenderlo diciendo:

«Si no lo hubiera hecho él, otros miles lo hubieran hecho. Siendo esto así, ¿por qué no habría debido hacerlo? ¿Y por qué habría de seguir siendo merecedor de execración?».

El argumento de que la indignidad del trabajo llevado a cabo por su padre pueda ser absuelta, o incluso anulada, por el hecho de que otros probablemente también lo hubiesen llevado a cabo es en sí mismo una indignidad.

Así pues, esto debería bastar por hoy. Y sin duda definitivamente.

Reiterándole por última vez que para mí no es usted culpable por el hecho de haber venido al mundo como hijo de su padre, y que únicamente le creería culpable si, por una indolencia mental que se entiende falsamente a sí misma como piedad, siguiera siendo el hijo de su padre, me despido de usted deseándole lo mejor.

Suyo,
G. A.

P. D. Es triste pero cierto: la deslealtad puede ser una virtud.

---

[1] «Familia» [Sippe], término rehabilitado por la ideología nazi, designa un grupo humano unido por los lazos de sangre y por el nombre, desde el clan hasta la familia moderna. (N. del T.)

[2] Ciertamente, esta afirmación no es totalmente nueva, incluso circula desde hace tiempo un término para designar este oscurecimiento: el término «alienación». Pero las doctrinas de las que procede este término no se adecuan satisfactoriamente a la situación actual. Pues los representantes de esta doctrina no admiten que la realidad de este «oscurecimiento» se deba a la desproporción existente entre «producción» y «representación», sino que insisten doctrinariamente en que las únicas responsables de esta realidad son las «relaciones de propiedad» (los medios de producción) y en que, de transformarse éstas, desaparecería también la alienación. Sin duda, algún día la fuerza de los hechos hará que también los teóricos socialistas acaben por reconocer que la alienación está igualmente presente entre ellos que en

cualquier otra parte, y que el *oscurecimiento del origen del oscurecimiento* no puede mantenerse en pie durante mucho tiempo.

[3] No crea usted, por favor, que con este estado final aludo sencillamente a lo que solemos conocer como sistemas «totalitarios» o «de economía planificada». Pues, por más horribles que puedan ser a menudo la planificación y sus efectos, comparados con el imperio final de la máquina, tales sistemas resultan incluso un tanto más humanos. Conforme a su programa, al menos, en los sistemas socialistas han de ser todavía los seres humanos quienes planifiquen para los seres humanos. Aunque esto pueda entrar en abierta contradicción con la cháchara cotidiana, afirmo que en los países que izan con orgullo la bandera de la libertad y que asignan a la maquinaria de sus medios de comunicación de masas la tarea diaria de demonizar la maquinaria de la economía planificada como esclavitud, la tendencia a la «máquina total» no es menos funesta que en los países de economía expresamente planificada.

[4] Que esta perspectiva de una maquinaria del mañana todavía más perfeccionada vuelva menos horrible los hornos de Auschwitz o de Maidanek es algo que ni usted puede creerse. El riesgo de que tal vez posteriormente cientos de millones de seres humanos sean aniquilados no representa circunstancia atenuante alguna en relación con la aniquilación de los seis millones. Y ni siquiera una máquina de calcular podría afirmar que un crimen pueda perder algo de su monstruosidad por la posibilidad de acrecentarse en el futuro.

[5] En alemán: *Masse* [masa], Klasse [clase], *Rasse* [raza]. *(N. del T.)*

[6] Si desea usted informarse sobre esta disputa, le recomiendo la excelente exposición y discusión de Hans U. Wehler «Entsorgung der deutschen Vergangenheit», C.H. Beck, Munich, 1988.

[7] Alusión al relato del autor *Die molussische Katakombe,* en el que Günther Anders se refiere a un país ficticio donde reina el totalitarismo, transposición del universo hitleriano. (/V. *del T.)*